

Perdido el paraíso  
**CEES NOOTEBOOM**

Siruela



**Cees Nootboom**

**Perdido el paraíso**

Traducción del neerlandés  
de Isabel-Clara Lorda Vidal

**Nuevos Tiempos Ediciones Siruela**

## Índice

Cubierta	
Portadilla	
Perdido el paraíso	
Prólogo	
Primera parte	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
Segunda parte	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
Epílogo	
Notas	
Créditos	

Cualquier parecido con personas reales está descartada en esta novela. Con todo, si alguien se obstina en reconocerse a sí mismo o a otra persona, hay que advertirle de la naturaleza irreal de los personajes de ficción. El Proyecto Ángel sí fue un hecho real y tuvo lugar en Perth en 2000, aunque puede que no sea éste el año en que discurre esta historia.

# Perdido el paraíso

Para Antje Ellermann Landshoff

Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irretentiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

# Prólogo

*The pronoun I is better because more direct.*  
[El pronombre «yo» es mejor por ser más directo.]

The Secretaries Guide, lemma The Writer.

*The New Webster Encyclopedic Dictionary  
of the English Language, MCMLII*

Dash-8 300. El cielo sabe que he volado en toda clase de aviones, pero nunca en un Dash. El Dash es un aparato pequeño y compacto, pero éste da la impresión de ser más grande, porque somos pocos pasajeros. El asiento de mi lado está vacío. Al parecer hay poca demanda de vuelos entre Friedrichshafen y Berlín Tempelhof. Hemos ido caminando, algo que en este aeropuerto está todavía permitido, desde el diminuto edificio de la terminal del aeropuerto hasta el pequeño avión, como un grupito de gente perdida. Ahora estamos esperando. Hace sol y sopla bastante viento. El piloto, ya en la cabina de mando, manipula alguno de sus instrumentos. Oigo al copiloto comunicarse con la torre de control. Los que volamos con frecuencia reconocemos bien esos instantes vacíos.

Los motores no han arrancado todavía. Algunos pasajeros se han puesto ya a leer, otros miran por la ventanilla, aunque no hay gran cosa que ver. Como no me apetece leer todavía, me pongo a hojear la revista de la compañía aérea: páginas enteras con la publicidad habitual, algunos datos acerca de las escasas ciudades en que hacen escala sus vuelos –Berna, Viena, Zúrich–, los típicos artículos de compra, unas líneas sobre Australia y los aborígenes, dibujos rupestres, cortezas de árbol pintadas de alegres colores... cosas que últimamente están de moda. Un poco más allá, un artículo sobre São Paulo: un horizonte cuajado de rascacielos, los palacios de los ricos y, cómo no, los barrios marginales, eternamente pintorescos, los *slums*, las favelas, o comoquiera que se llamen. Tejados ondulados de zinc, destartaladas cabañas de madera, gente que da la impresión de vivir a gusto en esas condiciones. Son imágenes que ya he visto y en las que no quiero detenerme demasiado, porque me hacen sentir como si tuviera cien años. Aunque es posible que ya los tenga; basta con multiplicar tu edad real con una fórmula secreta –un número mágico que contiene todos los viajes de tu vida y el impertinente *déjà vu* que los acompaña– y ya los tienes. Normalmente no me asaltan semejantes pensamientos por la sencilla

razón de que me resultan un poco insustanciales, pero anoche en Lindau me tomé tres Obstler de más, y a mi edad eso se paga. La azafata mira por la puerta aún abierta del aparato; al parecer falta un pasajero. Éste resulta ser una mujer, una señora de esas de las que uno desea que se siente a su lado. Eso demuestra que tan viejo no soy. Pero no, la mujer no se sienta a mi lado. Su asiento está junto a la ventanilla, en la fila delante de la mía, en la parte izquierda del corredor. Mejor, así puedo observarla bien.

Piernas largas enfundadas en un pantalón caqui, un atributo masculino que acentúa su feminidad. Manos grandes y fuertes, que en ese instante extraen un libro de un envoltorio de papel carmesí cuidadosamente cerrado con celo. Manos impacientes, que, ante la resistencia de la cinta adhesiva, rasgan el envoltorio. Soy un *voyeur*. Uno de los mayores placeres de viajar es detenerse a observar a las personas desconocidas que ignoran que las miras. La mujer abre el libro tan deprisa que no alcanzo a ver el título.

Me gusta saber lo que la gente lee. La mayoría de las veces se trata de mujeres, pues los hombres ya no leen. Y las mujeres, según he podido comprobar, suelen sostener el libro de tal manera –ya sea en el tren, en un banco del parque o en la playa– que resulta imposible leer el título. Fíjate de ahora en adelante y lo comprobarás.

Y aunque me muera de curiosidad, casi nunca me atrevo a preguntar. En la contraportada del libro figura una extensa dedicatoria. La mujer la lee con cierta premura, y, mientras deposita el libro a su lado en el asiento vacío, vuelve a mirar por la ventanilla. Los motores se ponen en marcha, el pequeño aparato empieza a dar bandazos, y los pechos de la mujer, marcados por su camiseta ajustada, le siguen el ritmo. Eso me excita. La mujer mantiene la pierna izquierda levantada, la luz le ilumina el cabello castaño con reflejos dorados. A continuación deposita el libro boca abajo. Imposible ya distinguir el título. El libro es fino, eso me gusta. En opinión de Calvino, los libros deben ser breves, ideal éste al que él mismo casi siempre se ha atenido. El avión circula por la pista a toda velocidad. Durante el despegue, sobre todo en los aviones pequeños, hay siempre un momento excitante, en el que interviene la termodinámica, que es cuando el aparato se eleva como si recibiera un empujoncito por debajo, una especie de caricia, como lo que uno siente de niño al columpiarse.

Las colinas, todavía nevadas, imprimen al paisaje un carácter gráfico: árboles desnudos dibujados sobre una hoja blanca. A veces no se necesita mucho más que eso para representar las cosas. La mujer ha apartado la vista del paisaje. Ha vuelto a tomar el libro en sus manos y relee la dedicatoria, con la misma impaciencia de antes. Intento imaginarme cosas acerca de ella –al fin y al cabo, ése es mi oficio–, pero no llego muy lejos. ¿Acaso existe un hombre en su vida que quiere hacerse

perdonar algo? Hay que ser prudente a la hora de regalar libros. Si te equivocas de libro o de autor, te puede costar caro.

La mujer hojea el libro deteniéndose de cuando en cuando en una página. A pesar de ser corto, el libro contiene una considerable cantidad de capítulos, lo que obliga al lector a recomenzar la lectura una y otra vez. Ello ha de estar justificado. El escritor que no acierta en el principio o el final de un libro lo arruina, y lo mismo sucede con los capítulos. Es obvio que el autor de este libro, quienquiera que sea, ha asumido bastantes riesgos. La mujer ha depositado el libro de nuevo a su lado, esta vez con la portada a la vista, pero el brillo del plástico de la cubierta, iluminado por la luz que ha encendido sobre su cabeza, me impide leer el título. Tendría que incorporarme para verlo.

*Cruising altitude*, me gusta esa expresión. Al oírla pienso en esquiadores. Es natural, pues las nubes que sobrevolamos tienen unas magníficas pendientes onduladas. Es una imagen que siempre me ha encantado. A esta altura, el mundo se compone de hojas blancas con las que uno puede hacer lo que le plazca. Pero la mujer no mira por la ventanilla, ha cogido la revista de la compañía aérea y pasa las hojas desde el final hasta el principio. Recorre São Paulo deprisa, se detiene unos instantes en un gran parque verde y fija su mirada en las pinturas de los aborígenes, incluso se acerca de vez en cuando la revista a los ojos y la descubro trazando una extraña forma de serpiente con sus largos dedos. A continuación, la mujer cierra la revista y cae dormida. Algunas personas tienen esa capacidad de dormirse en el acto. Una mano reposa sobre el libro, la otra sobre la nuca, bajo el cabello rojizo. El misterio al que los demás renuncian a mí siempre me ha intrigado. Sé que detrás de esa mujer durmiente se oculta una historia y sé también que nunca llegaré a conocerla. El libro que contiene su historia permanecerá cerrado, igual que este otro. Cuando, después de poco más de una hora, estamos a punto de aterrizar en Tempelhof, yo ya he escrito la cuarta parte de una introducción para un libro de fotografías de ángeles de cementerio. Abajo se divisan los grises bloques de viviendas de Berlín, esa gran grieta de la historia que aún hoy atraviesa la ciudad. La mujer se peina y luego coge el papel carmesí para envolver de nuevo el libro. Alisa el papel sobre sus muslos; me emociona ese gesto, no sé por qué. Luego toma el libro en sus manos y durante un instante lo sostiene en alto de tal manera que puedo leer el título.

Se trata de este libro, un libro del que ella desaparece ahora mismo, junto conmigo. Mientras espero mi equipaje en el *hall* alargado del aeropuerto, la veo salir a toda prisa a la calle, donde la espera un hombre. Ella le besa fugazmente, con la misma fugacidad con la que ha hojeado el libro del que no conoce sino la dedicatoria escrita a mano que yo no he leído ni he escrito.

El equipaje no tarda en llegar en este aeropuerto. Al salir, veo que ella se mete en

un taxi con el hombre y desaparece. Como siempre, me quedo atrás con un par de palabras y con la ciudad que se cierra a mi alrededor como una abrazadera.



# Primera parte

Y del otro collado descendían  
Los querubines en espectacular  
Ordenación hacia sus puestos fijos;  
Se deslizan como meteoros  
Sobre el suelo, como la vespertina  
Niebla del río sobre el pantanal  
Se desliza y abate con presteza  
Tras los pasos del labrador que vuelve  
Camino del hogar. Blandida en alto,  
Avanzaba ante ellos fulminante  
Como un cometa la espada de Dios;  
Que con el tórrido ardor que desprendía,  
Y el vapor que exhalaba cual si fuera  
El aire polvoriento de la Libia,  
Empezó a agostar este templado  
Clima; entonces el Ángel diligente  
De la mano cogió a nuestros padres  
Que lentos caminaban, y llevólos  
Directamente a la puerta oriental,  
Y risco abajo con toda presteza  
Hasta el llano que a su pie yacía,  
Y desapareció...

John Milton, *El paraíso perdido*, libro XII.  
[Esteban Pujals, trad., Cátedra, Madrid 1986.]

# 1

En una calurosa tarde de verano una mujer sale de su casa de Jardins: perfumes de jacaranda, magnolia, un ambiente húmedo y denso. En Jardins vive la gente rica con personal doméstico a su servicio: jardineros, cocineras y demás. Éstos acuden de lejos, tardan al menos dos horas en llegar a su trabajo y, por si fuera poco, suelen hacer el trayecto dos veces al día. São Paulo es una ciudad grande. Cuando llueve, los autobuses se retrasan.

La mujer sale de casa, coge el segundo coche de su madre, decide darse una vuelta por el puro placer de conducir, la música de Björk a todo volumen, un lamento de nibelungos que resulta extraño en el trópico. Mientras conduce va cantando las canciones de Björk, pero en un tono más agudo, como más histérica, presa de una rabia que no va dirigida a nadie y que tiene que ver con una pena que es incapaz de verbalizar.

La mujer va por la avenida Marginal, sigue el curso del río Tietê, pasa por delante de las casas de los nuevos ricos de Morumbi y, sin darse cuenta, se adentra en terreno prohibido, y no en Ebú-Ecú, sino en lo peor: en Paraisópolis, un lugar más próximo al infierno que al paraíso, una zona peligrosa que, por esa misma razón, en ese momento le atrae. No es ella la que lleva el volante, es el propio coche, el coche y la música. De pronto se para el motor y no queda sino el miedo y los quejidos de Björk dirigiéndose hacia las chozas de madera, hacia el hedor, hacia la luz de la luna reflejada en los tejados de zinc, hacia los televisores baratos que responden con sus sonidos entremezclados con risas exaltadas, y las voces que se acercan, que estrechan un círculo a su alrededor y le cortan el paso.

Después de esto, todo discurrió a gran velocidad, ni tan siquiera tuvo tiempo de sentir pánico, de gritar o huir. No recuerda cuántos fueron los que la atacaron. Lo que sí recuerda, y siempre se lo reprochará a sí misma, más aún que el haberse metido en aquel barrio, es la infame imagen poética tras la cual se escudó posteriormente: que aquello había sido como una nube negra que le impidió reaccionar. Una nube negra descendió sobre ella. Gritó, naturalmente que gritó, y sintió dolor, pero estallaron risas cuando le arrancaron la ropa, unas risas que no olvidaría jamás, estridentes y extáticas, y con ellas le llegó el eco de un mundo de cuya existencia no había sido consciente hasta aquel momento –una rabia y un odio tan hondos que era posible desaparecer en ellos para siempre–, y, al mismo tiempo, chillidos histéricos, jadeos y voces jaleándose las unas a las otras... un recuerdo del que no lograría desprenderse nunca. No se tomaron la molestia de matarla; se quedó tirada en la calle, como una bolsa de basura. Quizá lo peor fue eso: las voces

retirándose, regresando a sus propias vidas, en las que ella no había sido sino un mero incidente. Más adelante la policía le preguntó qué había ido a buscar a ese lugar, y ella sintió que le estaban culpando de lo sucedido. Y, sin embargo, no era eso lo que ella más se reprochaba a sí misma. No, lo que más lamentaba era el haberse inventado esa imagen humillante de la nube, porque no son nubes las que te arrancan la ropa, son hombres que penetran, para siempre, en tu cuerpo y en tu vida, abandonándote a un enigma que ya nunca serás capaz de resolver. Que nunca seré capaz de resolver, porque aquella mujer era yo, la misma que ahora está tumbada en el suelo al otro extremo de la Tierra, al lado de un hombre que es tan negro como lo eran aquéllos, un hombre al que no conozco, que no quiere nada de mí y a quien deberé abandonar en breve. No sé si es bueno que yo esté aquí. ¿Que por qué no iba a ser bueno? Porque él no sabe por qué estoy aquí, no conoce mis verdaderos motivos. Ni los conocerá jamás. En este aspecto le estoy engañando.

Yo estoy aquí para librarme de mis demonios. Él está aquí para follarme. Creo yo. Eso al menos es lo que hemos hecho estos últimos días. Una semana, me dijo; no puede estar más conmigo. Tiene que regresar a su *mob*. El *mob*, así llaman aquí al clan. No me ha querido decir dónde está su *mob*. En algún lugar del *outback*, de esa infinita extensión despoblada de Australia. No tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza. Quizá sea él quien me esté engañando a mí. Aunque ¿puede mentir alguien que apenas habla?

Mi amigo duerme, y cuando duerme se transmuta en el propio tiempo. Pertenece al pueblo más antiguo de la Tierra. Un pueblo de hombres de más de cuarenta mil años de existencia; más cerca de la eternidad, imposible. Una tarde salí de São Paulo para dar una vuelta en coche y fui a parar a este lugar. Al menos, así es como yo me imagino la historia. Nada de lo que imagino es verdadero, mas nadie puede prohibirme imaginar lo que yo quiera. Observo a un hombre durmiendo que, a pesar de su juventud, aparenta haber vivido mil años. Duerme a mi lado, tumbado en el suelo, encogido como un animal. Cuando abre los ojos descubro en ellos la vejez de las piedras, de las iguanas del desierto, una vejez que sin embargo es ligera, porque los movimientos de este hombre son ligeros, como si no sintiera el peso de su propio cuerpo. Intento convencerme a mí misma de que todo cuanto estoy viviendo es una fantasía, tanto como lo otro, pero no es así. He ido a parar a algo sobre lo que no tengo ningún poder de decisión, porque mi tiempo carece de valor en este lugar. A veces, cuando estoy con él en el desierto, en esta tierra que apenas es algo más que desierto, y él me muestra las cosas que no soy capaz de ver y se transforma casi en la misma tierra y me indica dónde está el agua para mí invisible; cuando me siento indefensa ante su infinita vejez y su habilidad de ver alimentos donde yo no sé ver más que arena, entonces pienso, contra toda lógica, que mi destino, cuando abandoné mi casa aquella tarde, era llegar a este lugar. Abandoné la

densa atmósfera del trópico, donde todo es movimiento y ruido, para arribar a este silencio.

## 2

Llegué a este lugar gracias a Almut. El abuelo de Almut es alemán, como el mío. Juntas somos Almut y Alma, ya desde que éramos compañeras de colegio. Nuestros abuelos llegaron a Brasil después de la guerra. Juntas nos reímos de nuestros abuelos, ambos tienen un acento extraño y se niegan a hablar del pasado. En realidad, lo que les sucede es que están enfermos de nostalgia, pero no regresan a su país, sino que lloran al escuchar a Fischer-Diskau y las *Canciones a los niños muertos* y están siempre deseando que Alemania gane el mundial de fútbol. No quieren hablar de la guerra. Y nuestros padres no quieren hablar de sus padres. Tampoco han querido aprender el alemán. Nosotras sí, pese a lo jodida que es esa lengua. El alemán siempre lo invierte todo, lo masculino lo convierte en femenino y viceversa: la muerte es un hombre, el sol una mujer, la luna un hombre. Absurdo. Cuando digo que es una lengua jodida, quiero decir que es jodida de aprender, no de oír, salvo cuando se pronuncia a gritos. Almut es una mujer grande y rubia, los brasileños se chiflan por ella. Yo le llego al hombro, desde siempre, ya de niñas. Almut me dijo en cierta ocasión: «Me encanta que seas bajita, así puedo pasarte el brazo por los hombros». Mi amiga siempre me pareció guapísima, pero ella tenía complejo de alta. «Soy el arquetipo de madre germánica», se quejaba ella, «me tendrían que haber llamado Brunhilde. Fíjate qué tetas tengo. En cuanto salgo a la calle, me persigue media escuela de samba. Tú no tienes ese problema. Eso es por la sombra». Lo de la sombra era una teoría de Almut. «Llevas una sombra dentro de ti», solía decirme. «¿Qué clase de sombra?» «En los ojos. Debajo de los ojos, en la piel, por todas partes.» «Pero ¿qué es?» «Es tu misterio.» Y luego, por la noche, yo me miraba al espejo pero no veía nada. Mejor dicho, me veía la cara y nada más. «Oye, Almut, no sé si hay un misterio dentro de mí.» «No, mujer, no es eso», me contestaba mi amiga. «El misterio lo eres tú, aunque no seas consciente de ello. El misterio lo eres tú porque es imposible adivinar tus pensamientos; cuando hablas, tu mirada no se corresponde con lo que estás diciendo, es como si estuvieras ocultando algo dentro de ti, impenetrable para los demás. Esta forma de ser te causará problemas, pero no debes temerla.»

No recuerdo cuándo tuvo lugar esta conversación, tendríamos unos quince años tal vez, lo cierto es que nunca la he olvidado. «Es como si anduvieras permanentemente acompañada de otra persona», añadió Almut. Mi amiga y yo siempre lo hemos hecho todo juntas, algo que nuestros primeros novios no soportaban. Pasábamos largas horas tumbadas en las hamacas de la galería hablando de nuestros planes de futuro. Estudiaríamos historia del arte, eso estaba

decidido. Ella, arte moderno; yo, renacentista. Almut solía decir que le ponían mala todas esas crucifixiones y anunciaciones. En eso nunca estuvimos de acuerdo. No es que a mí me gusten particularmente las crucifixiones, pero me parece fascinante ver los diferentes tratamientos que los artistas han hecho del tema. Ahora bien, las anunciaciones sí que me apasionan. Siento una verdadera fascinación por los ángeles. Rafael, Botticelli, Giotto... la cuestión es que tengan alas. «Eso es porque desearías poder volar», dice Almut.

«¿Y tú no?» «No, yo no.» En la pared de casa de mi amiga colgaban Willem de Kooning y Dubuffet, y todos esos cuerpos y rostros cubistas en estado de desintegración que me parecían horrorosos. A mí me iban los ángeles. Almut los llamaba «tu pajarera». «Lo que no soporto», repetía con frecuencia, «es que no se sepa si son hombres o mujeres».

–Son hombres.

–¿Cómo lo sabes?

–Tienen nombre de varón. Miguel, Gabriel.

–Pues hubiera sido más lógico que una mujer anunciara a María su estado de buena esperanza.

–Las mujeres tienen otra manera de volar.

Esa afirmación era absurda, obviamente, pues yo nunca había visto volar a una mujer. Pero hay cosas que uno sabe por intuición. Los ángeles de Giotto di Bondone realizan vuelos en picado. El artista debió de inspirarse en un cometa. Sus ángeles surcan el cielo a una velocidad tal que dejan tras de sí una estela luminosa en la que ya no se les ven los pies. Una mujer jamás volaría así.

–A veces sueño que vuelo –dijo Almut–. Mi vuelo suele ser muy lento, así que puede que lleves razón. ¿Cómo crees que aterrizan los ángeles?

Recuerdo muy bien ese instante. Estábamos las dos en la galería de los Uffizi de Florencia frente a mi cuadro favorito, la *Anunciación* de Botticelli. Almut acababa de decirme cinco minutos antes que estaba hasta el moño de tantos seres alados.

–Me arrastras por toda Europa con el único objetivo de contemplar a esas criaturas. Ponte en el lugar de María. Estás tranquilamente en tu habitación, ignorante de lo que sucede a tu alrededor, y de pronto oyes un rumor de alas, como si un enorme pajarraco estuviera a punto de posarse junto a ti. ¿Te figuras cómo debe de sonar eso? Si el vuelo de una paloma ya se oye, figúrate el ruido que deben de hacer unas alas cien veces mayores. Un ruido ensordecedor. *Crew prepare for landing*.

Pero yo ya no la escuchaba. Eso me ha ocurrido toda la vida. Cuando algo me afecta en lo más íntimo de mi ser, en mi misterio, como diría Almut, desaparezco, me voy. Soy consciente de que hay personas a mi alrededor, pero éstas, quienesquiera que sean, dejan de existir para mí.

–Casi da miedo –me advirtió Almut en cierta ocasión–. Te has ido de verdad, sé

que no lo estás fingiendo.

–Concentración.

–No, es mucho más que eso. Es ausencia. Me ignoras totalmente. Antes me ofendía esa actitud tuya. Me parecía una forma de desprecio. Era como si yo hubiera dejado de existir para ti. Cuando, en realidad, eras tú la que dejabas de existir.

Pero yo no la escuchaba. Contemplar por primera vez un cuadro que sólo has visto en reproducciones es una experiencia rayana en una alucinación. Resulta difícil creer que tienes delante de ti el lienzo auténtico, el que hace cientos de años el propio Botticelli, después de darle la última pincelada, se detuvo a mirar con unos ojos que dejaron de existir hace siglos. Noto que el artista está muy cerca del lienzo, que intenta tocarlo, pero no puede. Tanto tiempo ha transcurrido que el cuadro se ha transformado en algo muy distinto de lo que fue, aun cuando materialmente sigue siendo el mismo. Eso impresiona mucho. El efecto mágico de lo auténtico me produce un vértigo especial, imposible de describir. Si al mismo tiempo tuviera que estar pendiente de las personas que pasan por delante del lienzo, que se detienen a contemplarlo y luego siguen su camino, creo que me desmayaría. En cierta ocasión asistí a una ceremonia de candomblé, en Bahía. La mujer que bailaba había dejado de pertenecer a este mundo; si la hubieran sacado del trance, habría caído de bruces al suelo. Es una sensación similar.

Histeria contenida. Eso también es propio de Almut. Con una sonrisa, eso sí.

Yo, en cambio, ya estoy dentro del cuadro. Un suelo de baldosas rojas rectangulares en rigurosa disposición geométrica, las líneas rectas contrastando con el movimiento de arrugas y pliegues de la ropa de los dos personajes para quienes el resto del mundo ha dejado también de existir. Reina un silencio profundo, el ángel acaba de hacer su aparición, se ha hincado con una sola rodilla, ha alzado su mano derecha hacia la mujer que tiene encima, ligeramente inclinada hacia él. Las manos de la mujer y el ángel casi se rozan, la escena es de una intimidad desgarradora. Los dos tienen los dedos de las manos abiertos, como si éste fuera el lenguaje en que quieren expresarse, porque no han pronunciado todavía palabra alguna. La mujer no mira al ángel; de lo contrario percibiría su temor, el temor inherente al respeto. Creo que la mayoría de la gente no se ha detenido a pensar en lo disparatada que es la historia de la buena nueva. Un hombre alado que acaba de descender del cielo, sus alas aún ligeramente levantadas, al fondo el paisaje impasible con ese extraño árbol, alto y solitario, bajo la luz mediterránea. El ángel porta un mensaje de un mundo que está a millones de kilómetros de distancia y a la vez muy cercano, un mundo donde el tiempo y la distancia no existen y que acaba de anidarse en el seno de la mujer. Yo no tengo conocimiento de lo divino, quiero decir, no sabría cómo describirlo. No sé si los humanos somos capaces de soportar

el contacto con lo divino, creo que no es posible. Pero, de serlo, sería como en este cuadro.

–¿Te crees todos esos cuentos?

Pregunta típica de Almut.

–No, pero en este cuadro los cuentos se hacen realidad. Eso es lo extraordinario.

En aquel momento sonó el ángelus, y eso también es extraordinario. Algunas historias tienen el poder de hacer que, transcurridos dos mil años, en un mundo dominado por los ordenadores, las campanas se pongan a sonar, y eso es algo que Botticelli sabía.

Cuando una hora después mirábamos desde el Ponte Vecchio las raudas aguas del Arno, Almut dijo:

–¿Te imaginas lo que debe de ser?

–¿Lo que debe de ser qué?

–Hacer el amor con un ángel. Sentir el movimiento y el rumor de sus alas mientras se corre, eso sí que es fuerte. Y luego, después de hacerte el amor, el ángel extiende las alas y te lleva volando por el cielo. Lo más cerca que he llegado de esa experiencia fue con un piloto, y no fue de lo mejor que me ha sucedido, la verdad.

–Sólo conozco un ángel del que serías capaz de enamorarte. Es el que está en Toledo, el del Greco, el de las maravillosas alas, que asciende al cielo como si le arrastraran a la fuerza.

–¿El de la nariz respingona? Anda ya, mujer. Aunque hay que reconocer que tiene *power*.

Almut sabe cómo devolverme al mundo.

### 3

Entonces también. Fue ella quien se ocupó de todo. Vino a buscarme a la comisaría de policía, me llevó al ginecólogo. No sé qué fue más humillante para mí, si aquellos uniformes que no cesaban de preguntarme una y otra vez, por pura lujuria, qué había ido yo a hacer a la favela, o si aquella horrible silla cromada de asas alzadas, a las que suelo llamar estribos invertidos, con ese individuo murmurando entre mis piernas en busca de rastros de semen. Por si fuera poco, el doctor acabó constatando que yo había salido bien librada de la aventura e incluso se atrevió a dudar de la veracidad de la misma. Sólo a Almut le permití formular la pregunta de por qué me había acercado aquella tarde a la favela.

—¿Te dio la vena?

La vena. No es más que una palabra, una palabra vacía. No sé si tiene que ver con las venas sanguíneas o qué. Nosotras la empleábamos como contraseña, con un significado muy concreto. Se refería a un estado de ánimo mío muy especial que, en cierta ocasión, hacía mucho tiempo, a mis doce o trece años, yo ya había intentado describir. Es una sensación extraña: me precipito en un abismo, en un insondable terror, como si estuviera a punto de caerme de la Tierra. En realidad es una experiencia imposible de verter en palabras: el mar me arrastra, y no me resisto, porque en realidad no quiero resistirme, lo que quiero es desaparecer para siempre, perderme en la oscuridad que me desafía, encontrarme cara a cara con el terror para rendirme a él, y durante todo ese tiempo estoy mareada y odio mi cuerpo mareado, quiero librarme de él, quiero perderme, quiero dejar de pensar. Siento rabia y placer y melancolía al mismo tiempo. Una vez superada esta fase, entro en un estado de clarividencia brutal, una claridad blanca y eléctrica en la que no quiero estar. Todo queda impregnado de odio: las plantas, los objetos, el camino por el que voy a diario al colegio, hasta que al cabo de un tiempo desaparece también esa sensación y me invade una calma placentera en la que me reconcilio de nuevo con la vida, aun cuando soy consciente de que todo lo que me rodea no es sino una filigrana, una transparencia, una quimera, que nunca me adaptaré realmente al mundo, porque estoy en él y a la vez no estoy, y tengo que conciliar esos dos extremos tan opuestos. Cada vez que superaba una crisis de éstas, Almut me decía: «Vuelves a resplandecer, venga, ahuyentemos a los demonios». Y entonces nos liábamos a bailar como locas en su cuarto o en el mío, al son de la música de Chico Buarque o de los Stones o algo por el estilo, hasta que nos caíamos redondas, y ahí, tendidas en el suelo, la una al lado de la otra, emprendíamos nuestros grandes viajes. Del techo del cuarto de Almut colgaba un

mapamundi enorme, lo recuerdo muy bien, era un mapa diferente a los demás: Siberia y Alaska, una en cada extremo, tenían una forma extremadamente alargada, y no estaban donde suelen estar, en la parte superior del mapa; no, arriba estaba Australia, que parecía realmente una isla, una isla emplazada encima del resto del mundo. Almut y yo teníamos claro que algún día visitaríamos Australia, ese mundo al revés en que todo era diferente, en que los hombres blancos eran descendientes de criminales y de reos de muerte y tenían que afincarse en los límites de la inmensa isla, porque el centro era un tórrido desierto infinito donde vivían los otros, los que habían vivido ahí desde siempre, hombres que, por el aspecto de su piel quemada, curtida, calcinada, parecían haber nacido de las entrañas de la misma tierra, que recorrían el mundo a paso ligero y vivían como si no existiera el tiempo, que llevaban una vida al revés en nada parecida a la del resto de la humanidad, como si nunca hubieran deseado otra cosa que existir sin más y se hubieran sucedido los unos a los otros en una existencia inmutable sin intervenir jamás en el mundo. Leíamos toda clase de historias acerca del llamado tiempo de ensueños, un tiempo anterior al tiempo y a la memoria, en que el mundo era llano y vacío y carecía de contornos y no existían todavía los árboles ni los animales ni los alimentos ni los seres humanos, hasta que en cierto momento, nadie sabe cómo, aparecieron, provenientes del mar o del cielo o de más allá de la Tierra, los héroes, los antepasados totémicos. *Os heroes creativos*, en mi lengua esas palabras poseían una magia especial que aún hoy siento cuando las pronuncio. Para nosotras esas palabras tenían un significado muy particular; en cuanto una de las dos las pronunciaba, dábamos rienda suelta a nuestros sueños o fantasías. Conocíamos el continente australiano al dedillo, como si lo hubiéramos visitado ya cientos de veces, Cairns, Alice Springs, Coral Bay, Kalgoorlie, Broome, Derby... alguna vez alcanzaríamos esa tierra y cruzaríamos el desierto de Meekatharra a Wiluna y de Wiluna a Mungilli: atravesaríamos el país en todas las direcciones, visitaríamos Ayers Rock y Arnhem Land y el Nullarbor Plain, tan parecido al planeta Marte. Australia era nuestro secreto, coleccionábamos todo lo relacionado con ella: antiguos ejemplares del *National Geographic*, folletos turísticos, cualquier cosa. Almut tenía en la pared un dibujo de un lugar llamado *Sickness Dreaming Place*. En él había espíritus, figuras blancas que saludaban con la mano, dibujadas contra una pared de roca inclinada, apesadas entre unas líneas de color de sangre reseca, unas líneas que atravesaban asimismo los cuerpos divididos en extraños planos geométricos. Las figuras no tenían boca y, en lugar de ojos, había unas cuencas rojas. Por encima de sus cabezas asomaban unas formas como en abanico: espíritus. No sé el tiempo que duraron nuestras fantasías, pero siento su fuerza aún hoy. Debajo de ese dibujo, que recuerdo todavía muy bien, Almut y yo solíamos hablar de nuestras cosas: de nuestras penas de amor, de las broncas en casa, de las malas notas.... Problemas que parecían diluirse frente a aquellos espíritus bondadosos

que nos saludaban con la mano y que habíamos convertido en nuestros espíritus, nuestros santos patronos, a quienes recurriríamos en caso de necesidad.

Lo que nos atraía de ellos, pienso ahora, es que no hubieran dejado nada escrito. En su mundo nada había llegado a consolidarse. Abundaban los elementos sagrados, pero ninguno de ellos alcanzó a plasmarse jamás en un libro. No inventaron jamás una máquina, lo que les ha granjeado las burlas de los demás. Durante todos esos miles de años habitaron un mundo hostil, sumergidos en una especie de eternidad carente de números, y sin embargo no destruyeron la naturaleza, y la naturaleza los alimentó. La nostalgia que por esta razón infundían era una nostalgia sin sentido, porque a la larga su mundo acabaría sucumbiendo al nuestro. Todo cuanto habían inventado a lo largo de su tiempo eterno no era visible sino en el arte, un arte, además, efímero: dibujos trazados en la arena, pinturas de carácter ritual ejecutadas sobre sus propios cuerpos, un arte que pertenecía a toda una comunidad, pero no a nosotros, porque no poseíamos la clave de sus secretos. Nosotros no llegaríamos nunca más allá de lo superficial. Nos era imposible comprender su arte, por mucho que lo deseáramos, pues era una abstracción a la vez que una realidad física. De entrada, ¿cómo hacer inteligible el concepto de ensoñación de los aborígenes? El sustantivo ensoñación nada tiene que ver con sueño, sino que hace referencia a un orden mundial que abarca desde el origen del universo hasta el periodo anterior a la memoria. Eso era demasiado para nuestras cabecitas de diecisiete años y sigue siéndolo. Se refería nada menos que al periodo en que los hombres rayo, la serpiente arco iris y todas las otras criaturas de forma humana y no humana recorrieron el caos del mundo, que estaba aún sin formar, y fueron creándolo todo a su paso, al tiempo que enseñaban a los hombres a manejarse en el universo. Durante esa edad de ensueño, los antepasados totémicos arrojaron sobre el mundo una red de ensueños. A veces esos ensueños pertenecían a gentes que habitaban en un lugar fijo; otras veces los ensueños avanzaban por el desierto recorriendo largas distancias. Así fue como los habitantes de distintos territorios, aun hablando lenguas diferentes, quedaron unidos por una misma ensoñación. Y todo ello se fue tornando visible en la tierra. Espíritus y antepasados totémicos dejaron su rastro por doquier en forma de piedras, charcas, formaciones de roca, y así fue como las generaciones posteriores pudieron leer sus historias y desandar el camino de su propia historia. Y no sólo eso. Gracias a las ensoñaciones, los poderes de los ancestros continuaban visibles y reconocibles en el paisaje. Por otro lado, los hombres tenían sus propias ensoñaciones, que les unían con sus ancestros. Y todo ello se manifestaba mediante lo que hoy llamamos arte, la identidad espiritual de cada individuo representada en su tótem, que remitía a un

fenómeno de la naturaleza o a un animal, a canciones que nadie más que él sabía cantar, a danzas, signos secretos... toda una cosmogonía en la que no había nada escrito y en la que, sin embargo, todo ocupaba su sitio, literalmente, un sitio al que el individuo o su comunidad retornaría siempre; un mundo sin lengua escrita, una enciclopedia infinita de signos en la que, al cabo de decenas de miles de años, uno aún podía seguir leyendo y encontrar su sitio. Cuanto más leíamos Almut y yo sobre el tema, más nos perdíamos, pues nos encontrábamos con un cúmulo de datos ininteligibles. Con todo, aquel mundo nos fascinaba, y empezamos a desear abandonar nuestro mundo. Éste era nuestro secreto, un secreto que no estábamos dispuestas a compartir con nadie. Una de nuestras fotos favoritas era la de un hombre mayor, desnudo, que estaba pintando una roca sentado sobre su pantorrilla izquierda. Se veía que era mayor porque tenía blanco el pelo crespo. Sin embargo, su cuerpo, reluciente, parecía joven, a pesar de que sus pies eran de color ceniza, unos pies curtidos, de quien nunca ha llevado zapatos; un hombre que al cabo de un tiempo partiría, dejando atrás su pintura, que vivía en un sistema ideológico ininteligible para nosotras, un hombre que creía que los héroes creativos, que unas veces semejabán animales y otras hombres, aparecieron antaño en un mundo vacío y eran capaces de transformarse los unos a los otros en árboles o rocas o lanzarse los unos a los otros al cielo creando de este modo la luna o los planetas. Mi amiga y yo estábamos convencidas de que un día visitaríamos ese continente. Cuando, más adelante, viajamos a Europa para completar nuestros estudios, pasando por Dresde, Ámsterdam y Florencia, no dejamos de sentir la llamada de Australia, que parecía hacernos señas desde lejos; con sólo oír el nombre de Australia, Almut y yo nos mirábamos con una sonrisa cómplice; era nuestro secreto más íntimo. Las semanas posteriores al incidente en la favela me recliné en casa. No quería ver a nadie. Con mis padres no podía hablar de lo sucedido. Almut venía a visitarme de vez en cuando y se sentaba junto a mi cama. No decía ni una palabra, porque sabía que yo prefería el silencio, hasta que un día me comunicó que había encontrado unos billetes baratos para Australia. Tomaríamos un avión a Sydney y de ahí a Arnhem Land, a El Shirana. Cerca de este sitio, en Sleisbeck, iríamos a visitar el *Sickness Dreaming Place*. Almut no necesitó darme más explicaciones, las dos sabíamos a qué se estaba refiriendo.

## 5

Los padres de Almut son ambos de origen alemán. Mi caso es distinto: por mis venas corre sangre latina. Mi padre es el típico germano a quien un uniforme le vendría que ni pintado, pero al menos tuvo el instinto de encontrar a mi madre. Si él es Wagner, ella es Verdi multiplicado por dos. Eso se nota sobre todo cuando discuten. Mi madre solía decir: «Tu padre me eligió por pura curiosidad. Él no sabía quién era yo. Portugueses, judíos, indios, italianos... tu padre intentó averiguar qué sangre dominaba en mí, pero no tuvo en cuenta a los indios, éstos no entraron en sus cálculos». Los indios siguen siendo un misterio para él. Y para mí también. La sombra, la vena, éstos son los indios que yo llevo en mi interior, los reconozco en mi madre. Ella y yo hemos aprendido a dejarnos mutuamente en paz cada vez que los indios nos dominan.

Almut ha desterrado el caos de su vida. Ella es germana, posee un riguroso sentido del orden. Fue ella quien decidió ahorrar para el viaje a Australia, hace ya años. Y fue ella quien propuso, también hace años, que aprendiéramos un oficio que nos permitiera ganarnos la vida mientras viajábamos para no tener que dedicarnos a fregar platos en restaurantes o bares, o a cuidar de niños y cosas peores. Así que nos apuntamos a un curso de fisioterapia, donde aprendimos ejercicios para calmar dolores de espalda, hacer masajes y demás.

–Con eso podremos dar la vuelta al mundo –sentenció Almut.

–Sí, de puticlub en puticlub, querrás decir.

–Bueno, y a mí qué, mientras no me pongan un dedo encima.

## 6

–Te lo presto –dijo el galerista en Adelaide, como si estuviera refiriéndose a un libro o un cuadro, a un objeto. Él no oyó el comentario, o fingió no oírlo, creo que lo último.

Una exposición colectiva de pintores aborígenes australianos. El cuadro suyo era negro, un cielo nocturno moteado de puntitos blancos, aunque llamarlos puntos resulta casi excesivo. Parecían estrellas, aunque eso hubiera sido demasiado fácil. A primera vista no se distinguía sino un lienzo monocromo negro; sólo después se hacían visibles aquellos miles de puntos diminutos, estrellas o no estrellas. A través de esa densa red de puntos se adivinaba una forma indefinida, más oscura: el ensueño de un tótem animal representado como un pequeño torrente de agua, una imagen tan abstracta que resulta imperceptible a nuestros ojos. Aunque en realidad bien poco tiene que ver con los ojos, se trata más bien de todo un sistema ideológico. Él intentó darme algunas explicaciones acerca de su pintura, pero no consiguió aclararme gran cosa. Hablaba sin mirarme, como si cada palabra le supusiera un gran esfuerzo. Fue entonces cuando comprendí que las historias que Almut y yo habíamos leído sobre Australia, que eran bastantes, no poseerían nunca para nosotras la carga de naturalidad que ese cuadro tenía para él. El problema no era el cuadro en sí. Éste podría figurar en la sala de cualquier museo americano o brasileño. *Desert lizard dreaming at night*, ¿por qué no? El que no viera yo ninguna iguana del desierto tampoco era el problema. *Dreaming*, otra vez esa palabra. Era imposible eludirla, te la encontrabas a la vuelta de cada esquina. En inglés es un vocablo muy sugerente, pero intenta traducirlo a otra lengua sin que pierda sus connotaciones, que son muchas: religión, prehistoria sagrada, pasado ancestral mítico, amén de ley, ritual, ceremonia... Todo un modo de pensar del que se habían nutrido esas pinturas, porque él había heredado este ensueño, el de la iguana del desierto, de su padre y de su abuelo. ¿Cómo puede heredarse algo que no es material, que no es un objeto? En las raíces de ese hombre, en su origen, su alma, habitaba esa iguana invisible que no era una iguana y que para mí sería siempre invisible en sus pinturas, un ancestro en forma de animal que había acudido a él a través del tiempo infinito y había conservado su significado sagrado incluso después de la llegada de aquellos que ignoraban las tradiciones y que acabarían imponiéndose destruyendo el mundo anterior. «Ensueño», me gustaba repetir esa palabra para mis adentros, como si de esa manera yo pudiera participar de todo ese reino espiritual, de ese fascinante universo al que remitían aquellas pinturas que, al parecer, ya sólo existía en las reservas –esos territorios perdidos en

la inclemencia del desierto—, universo que sólo unos pocos eran capaces de interpretar como un libro o una canción. Cada persona poseía su propio ensueño, con los tótems y textos correspondientes que pertenecían a sus raíces y a la herencia de sus ancestros, cuya creación se perpetuaba en el tiempo y se denominaba asimismo ensueño. En la ciudad ya nada de todo esto era visible. Los australianos blancos eran por lo general bastante reacios a conceptos metafísicos de esta naturaleza, tal vez porque del universo aborígen no percibían sino el lado humano más degradado: individuos que habían perdido sus raíces y no pertenecían ya a nada. Tampoco eran muy receptivos a la idea de los lugares sagrados, de una tierra que no podía pisarse, y menos aún si esa tierra albergaba en sus entrañas plata u oro u otras materias codiciables.

No sé cómo describirlo. El silencio que reina aquí afuera no es comparable a nada, como tampoco lo es el firmamento estrellado. Silencio del desierto, cielo del desierto. Bajo la tenue luz de la lámpara de carburo veo su piel, de negro pálido, como su cuadro, del mismo tono crepuscular, como si detrás del negro se ocultara una vía láctea lejana e infinita. Respira sin hacer ruido. Aquí nada hace ruido. Creo que, si uno fuera capaz de sumergirse en el silencio absoluto, oiría hasta los granos de arena, la iguana del desierto, el viento en los matorrales spinifex, o en las balgas, esas plantas con su tronco coronado por un penacho, los *árboles de la hierba*. Eso en caso de que hiciera viento. Esta noche no hace viento. He llegado a este lugar después de un largo viaje. Intento ahora verbalizar lo que pienso, pero no lo consigo. Quisiera hablar de mi cuerpo, de cómo he comprendido, mejor que nunca, que ha confluído con lo que llamo mi propio yo, y que eso es una experiencia única, pero me doy contra el borde de las palabras, porque el éxtasis es inefable. Y sin embargo existe, y debe de ser algo parecido a lo que estoy viviendo: nunca he sentido la vida con tal intensidad. No tiene nada que ver con él, o mejor dicho, él no es más que una parte de eso; él pertenece a su mundo, mucho más de lo que yo he pertenecido jamás al mío, pero ahora todo es distinto, pues yo he logrado fundirme con el mundo, no sabría cómo expresarlo mejor. Almut es la única persona a quien me atrevería a contarle esta experiencia, aunque todavía no voy a hacerlo. Sé que no se reiría de mí, siempre hemos podido hablar de todo, pero aún no es el momento. Me he fundido con el silencio, con la arena, con el firmamento estrellado; sé que suena extraño todo esto, que no debiera decir estas cosas, pero es que me siento por primera vez una persona única que sabe cuál es su sitio en el mundo. Nada puede sucederme ya. Sé que eso tampoco debiera decirlo, pero es así. No estoy loca, sé de qué hablo. Sé también que Almut me comprendería. Aunque mi relación con este hombre dure poco, debo estar agradecida, porque gracias a él he dado alcance a mi sombra y eso es bueno para mí. Ahora estamos juntos él y yo, yo soy luz y oscuridad a la vez. Sé que si ahora mismo salgo fuera no veré ninguna luz, como ayer; no hay nada, salvo dos cosas, yo misma y todo lo demás, y no importa ya que algún día me pierda en este mundo, lo he visto todo y lo he comprendido. Me he tornado intangible, soberana. Si fuera un instrumento musical, saldría de mí la música más bella. Sé que no debo contarle a nadie esas cosas, y sin embargo todo lo que digo es verdad. He comprendido por primera vez el concepto medieval de armonía de las esferas. Contemplo el cielo, y no sólo veo las estrellas, las oigo.

¿Quién habrá desterrado del mundo la idea de los ángeles cuando yo sigo sintiéndolos a mi alrededor? El tema de mi tesina eran las representaciones de los ángeles musicales, Jerónimo El Bosco, Matteo di Giovanni, y en particular una ilustración contenida en un manuscrito iluminado del siglo xiv.

En ésta se ve a Saint Denis sentado en su pupitre escribiendo su libro acerca de la jerarquía de los ángeles, los cuales penden encima de él en nueve arcos concéntricos, acompañados de sus instrumentos medievales. Sobre la cabeza mitrada del santo, los ángeles se congregan en vuelo con sus instrumentos de cuerda y de viento, salterio y panderetas, órgano y címbalos. Desde aquí, tumbada en la arena del desierto, los oigo: una prodigiosa algazara en el silencio. Ángeles, iguana del desierto, serpiente de arco iris... los héroes de la creación. Todo encaja. He alcanzado mi destino. Y cuando me marche de aquí, no necesitaré llevarme nada. Ya lo llevo todo conmigo.

Pienso acerca de lo que digo. Todas esas palabras, «salterio», «mitrado», «ángeles», «címbalos», no pertenecen a su vocabulario. Eso al menos creía yo, pero él se rió de mí.

No, no se rió de mí, se «sonrió» de mí, me apartó de sí con una mirada venida de muy lejos. La relación con este hombre será la más corta de mi vida y, sin embargo, lo recordaré todo, como si hubiera durado una eternidad. Sé que después de haber estado con él, ya no podré sentir nada parecido con ningún hombre, pero no me importa. Él ha llegado justo a tiempo. Hay muchas cosas que no alcanzo a comprender. Nuestros rostros son transparentes, el suyo no. Su rostro podría ser de ónice, no deja traslucir nada. ¿Que de dónde era él? Me enseñó un mapa, Australia, con su misma forma de siempre, algo parecido a una vaca dormida sin cabeza. Un mapa sin fronteras políticas, sólo manchas de colores en cuyo centro figuran palabras: *ngaanyatjarra*, *wawula*, *pitjantjatjara*, tribus desaparecidas o todavía existentes, no lo sé. A cada uno de esos nombres le pertenece o pertenecía una lengua. «No deberías emplear la palabra “aborigen”», me advirtió él, pero no me dijo a qué tribu pertenecía. Él no quiere hablar de ninguno de esos conceptos que me atrajeron hacia esta tierra: los mitos, la edad de ensueño, las criaturas maravillosas, sus raíces. En el catálogo de su obra expuesta en la galería hay una historia acerca de su tótem, la iguana del desierto, pero cuando le pregunto por ella, él se encoge de hombros.

–¿Has dejado de creer en tu tótem? –inquirí.

–Si creyera todavía en él, no me estaría permitido hablar de él.

–¿De modo que ya no crees en él?

–Dicho así resulta demasiado simple.

Fin de la conversación.

Procuro verlo todo desde la distancia, con cierta frialdad, como a través de unos ojos ajenos: quién soy, mi historia, cómo he llegado hasta aquí, mis sueños sobre esa tierra que ha resultado muy distinta de lo que me imaginaba, los meses que llevo aquí. Quiero saber si me he engañado a mí misma, pero no, todo encaja, no estoy loca. De existir el éxtasis, éste que estoy viviendo es el más puro, una sensación que siempre he deseado y que no tiene por qué durar. Es más, ésa es precisamente su condición: que no dure. Tal vez sea contrario a las leyes, inconcebible, que alguien te mire, pose sus manos sobre tus hombros y te diga que tiene que marcharse dentro de una semana y que no regresará, como obligándote así a comprimir toda una vida en una semana.



Mi Australia era una ficción, una fantasía, lo supe desde el instante en que aterrizamos. Llegué exhausta del largo vuelo y con miedo. Almut se había pasado el viaje durmiendo, la mayor parte del tiempo con la cabeza apoyada sobre mi hombro. Al despertarse, me tiró del brazo para advertirme de que mirara hacia Orión, que pendía, inclinado, en el cielo, como un cazador que se ha trastabillado. La sentí temblar de emoción. En eso sí que no nos parecíamos nada. Ante los cambios, yo me encojo y ella crece. Almut estaba entusiasmada. Para ella, aquello era una experiencia física. Era como si no pudiera esperar a que el avión aterrizara, como si quisiera salir volando tierra adentro y arrastrarme con ella.

Ni tan siquiera la llegada al aeropuerto la decepcionó. No parecía molestarle el desagradable olor a lisol típico de los aeropuertos ingleses, un olor que en modo alguno podía ser un feliz presagio de aquel país de ensueño que habíamos imaginado, hacía ya tanto tiempo, en nuestras habitaciones de São Paulo. Australia era la tierra de los vencedores. Nada más oír su lengua, lenta y dura, que había expulsado a todas las demás lenguas, supe que había cometido un error fatal, sensación ésta que no se debilitaría hasta un par de días después. Almut, sin embargo, experimentó el proceso contrario. A nuestra llegada estaba eufórica, pero la ilusión sólo le duró un par de semanas. Nos alojamos en una especie de hotel hippie en el que teníamos derecho a cocina. No disponíamos de permiso de trabajo, pero eso no resultó un problema. Almut no tardó ni una semana en encontrar trabajo con un fisioterapeuta. Me dijo que no me imaginara que fuera gran cosa.

—Yo hago ahí de efecto placebo. Los pacientes son fundamentalmente señoras mayores con artrosis y chicos que han quedado como desencajados por el windsurf. Dios, qué cuerpos tienen esos tipos, parecen no tener fin. Y no puedes olvidarte de ningún músculo. Jamás he visto yo tanta carne junta. Si tuviera uno que comérsela, se le pondría el colesterol a cien. Y la libido no se la dejan en casa. Ah, no, la guardan a su lado dentro de un botecito, tal como te digo, pero yo me cuido muy requetebién de no meterme en ningún lío.

Sin embargo, un par de semanas después, Almut se metió de lleno en un lío y la despidieron.

—¿Cómo has podido ser tan burra?

Almut se encogió de hombros.

–Soy brasileña, ya sabes. Aunque no lo lleve en los genes, algo se me ha pegado. Y, además, esos chicos son tan enternecedores... Esos inmensos cuerpos, no saben qué hacer con ellos, son verdaderos edificios. Ahora me explico de dónde viene la palabra *bodybuilder*. Practican el surf, el rugby, el cross por el desierto, ponen medio búfalo a asar en la barbacoa... Vamos, que de sofisticación poca, por lo que he podido ver. Y él, no veas, era tan impresionante, que más que un hombre era un símbolo fálico. Estaba el tío como para colocarlo en un templo de Shiva. Seguro que acudiría todo el pueblo a hacerle ofrendas. Y, por si fuera poco, no dejaba de mirarme con sus grandes ojos azules de *mummy help me*, de modo que fui buena y acudí en su ayuda y entonces él soltó el grito de la selva y yo me pegué un susto de muerte. Y, claro está, la jefa irrumpió en la sala, y se armó la gorda. Dios, qué mujer, no veas la cara que puso, era la reencarnación de la reina Victoria, qué miedo. Qué inglesa más cursilona: *Oh, miss Kopp, I dare say, this is a decent establishment*. En fin, ya tengo otro episodio más para mi diario. ¿Y qué hacemos ahora?

Llovía. Yo trabajaba en un chiringuito de la playa, pero ese día me habían llamado para decirme que no fuera. Ése era el trato: cuando llovía no había trabajo, y sin trabajo no había dinero. *Fair enough*.

–¿Recuerdas por qué vinimos a este país? –preguntó Almut.

Sí lo recordaba. Habíamos venido para visitar el *Sickness Dreaming Place*, pero no habíamos vuelto a hablar de ello. Ni tampoco de todos los otros motivos que nos indujeron a emprender nuestro viaje. Éramos reacias a reconocer que habíamos viajado a Australia para ver a los aborígenes. Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Almut añadió:

–¿Recuerdas cómo nos imaginábamos Australia? Queríamos buscar la edad de ensueño, ¿te acuerdas? La verdad, todavía no he conocido a ninguna persona como las que nos imaginábamos entonces. Esa gente no existe. Yo, al menos, no he llegado a conocer a nadie así. No he visto más que a unos cuantos aborígenes deambulando por un parque como almas perdidas.

–No descubres nada nuevo, sabías que sería así.

–Sí, pero no que esos parques fueran tan cutres. El que yo vi era como un campo de concentración sin vallas. Se olía la cerveza a diez metros de distancia.

–Hablas como si fueras australiana. He oído esta historia mil veces. En el chiringuito donde yo trabajo hay dos aborígenes.

–Ya, en la cocina. Fregando platos y sacando la basura.

–Son unos chicos majos.

–Sin duda. ¿Has hablado con ellos? ¿Les has preguntado de dónde son?

No, no había hablado con ellos. Mejor dicho, ellos no habían hablado conmigo.

Lo que más me había llamado la atención de ellos era su forma de caminar. Andaban como inclinados, o algo así, no sé cómo explicarlo. Avanzaban sobre unas

largas piernas flacas con las rodillas muy marcadas. Caminaban como ausentes. Y, por añadidura, no te miraban. No sé si era una cuestión de timidez por su parte, la cuestión es que nunca habíamos llegado a entablar una verdadera conversación. El resto del personal tampoco se esforzaba en exceso en comunicarse con ellos. En cierta ocasión, hablé de este asunto con uno de los cocineros, un estudiante, y éste me contestó: «Creo que le das más importancia de la que tiene. Vosotros, los extranjeros, estáis cargados de prejuicios. La mitad de lo que leéis sobre este país es mentira. Ese mundo ya no existe. Los aborígenes de aquí viven entre dos mundos y no pertenecen a ninguno de ellos. Es una situación difícil de la que tendrán que salir ellos solos. Todas esas historias sobre la tierra sagrada son muy bonitas, sí, pero ¿de qué nos sirven? No me importa reconocer que fue terrible lo que sucedió en el pasado, pero, repito, ¿nos sirve de algo? O, mejor dicho, ¿les sirve de algo a ellos? Y ¿qué quieres que hagan? ¿Pintarse el cuerpo para que tú te diviertas? ¿Fingir que nosotros no conquistamos nunca sus tierras? Ellos son los perdedores. Será una vergüenza lo que pasó y todo lo que tú quieras, pero ¿qué podemos hacer nosotros para remediarlo? ¿Pagar nuestras deudas y alejarnos de los lugares sagrados aunque haya uranio bajo tierra? Estamos en el siglo XXI. Verás cuando visites una reserva de ésas. Esa gente lleva ahí una vida de museo. El visitante que entra en la reserva emprende un viaje en el tiempo, sí, pero pagando. Si es que te dejan entrar. Cuando más respeto a esa gente es cuando les dicen a los turistas: “Que os parta un rayo, aquí no entráis”. Y ahí se quedan ellos, achicharrados en su caja de arena, perdidos en la nada, a mil kilómetros de distancia de todo, fingiendo que el mundo no existe. Llevan haciendo eso miles de años, aunque entonces el mundo no existía, claro.», «El suyo sí», repliqué. «Sin duda. Pero lo que está claro es que los aborígenes viven hoy en día en una burbuja. Ni tú ni yo tenemos la solución al problema. Ni tampoco toda esa gente bienintencionada, que lo que quiere en realidad es congelarlos en el tiempo. Y luego están todos los que sacan tajada de ellos: el personal de los museos, los galeristas, los antropólogos. No, es imposible retroceder en el tiempo.»

–Estás meditando –dijo Almut–. ¿Te acuerdas de lo que hablábamos?

–¿Preguntaste qué íbamos a hacer?

–¿Te parece extraño? Mira a tu alrededor. Pesadumbre anglosajona, ¿o no? Yo ya me he hartado de esto. Quiero oír el canto del *bem-te-vi*, del periquito y del *sabia*, quiero volver a ver nuestros maravillosos árboles, el *ipe roxo* o la *quaresmeira* con sus flores lilas, quiero comer un churrasco en Rodeio, quiero tomarme una cerveza helada en Frevo, quiero comprarme un bikini en el Bazar 13, quiero ver a mi abuelo jugando a las cartas en la Hípica Paulista...

–Vamos, que te ha entrado la morriña.

–Es posible.

–¿Y el *Sickness Dreaming Place*?

-Bingo. Mañana.

-¿Y cómo llegamos ahí?

-Tomamos un avión a Alice Springs. Allí nos compramos un coche, un cacharro viejo cualquiera, un cuatro por cuatro, y nos vamos hacia el norte, a Darwin. Así volveremos a estar cerca del trópico.

-¿Y mi trabajo?

-Déjalo. Ya encontraremos otra cosa. No aguanto más esta casa. No soporto ese sofá marrón, ni esas sillas viejas, ni ese horripilante cuadro en la pared de la niña que va por primera vez al cole acompañada de su pony, ni tampoco soporto ya a la estúpida casera con la cara llena de granos. *Could you please cook normal food, darling, the whole house smells like an African village...?*

-Vámonos. Agencia de viajes. Arnhem Land.

Alice Springs. «Han transcurrido sólo un par de semanas, pero para mí el tiempo pasado es siempre tiempo presente», dice Almut. El Central Business District, ubicado entre Wills Terrace y Stuart Terrace, constituye un enrejado de ocho calles que van a parar a un río que no es un río. Lo que en el mapa se denomina Todd River es un cajón de arena de color ocre en el que se alzan unos pocos árboles resecos y sedientos. El arco de los puentes lo cruza en vano. En medio de un campo de césped chamuscado, un par de aborígenes, una hoguera, un poco de humo, figuras yacentes, sueño. Llegué a Anzac Hill sola, en coche. Almut no quiso acompañarme. En la antigua oficina de telégrafos hay expuestas fotografías de pioneros y camellos. Hasta aquí llegó la línea telegráfica: luego la tendieron hasta Darwin y de ahí a Java, para así hacer la conexión con Europa en 1872. También pueden verse fotos de una convención de aborígenes, un *corroboree*, que tuvo lugar en 1905. «Trescientas generaciones de aranda, cinco generaciones de blancos», ha escrito alguien al lado, y así es, al parecer. Observo detenidamente los intrigantes dibujos blancos sobre los negros cuerpos de cuatro individuos con las manos a la espalda. Los colores han perdido su belleza decorativa. La antigua técnica fotográfica ha reducido el paisaje a una línea de luz reflectante. Y ahí están esos hombres, con unos cuerpos que son todo un lenguaje de signos: guirnaldas de puntos blancos, serpientes, formas laberínticas, enigmas. En ese instante, ya perdido en el tiempo, ellos encarnan un significado que yo no soy capaz de desentrañar. Desde lejos diviso las reducidas dimensiones de Alice Springs. La ciudad es realmente muy poca cosa, algo así como el planeta Tierra en nuestra galaxia, un suspiro, apenas una coma. Se ve la forma de enrejado de sus escasas calles, se ve dónde se detienen las vías del tren que provienen del sur y que, por ahora, no tienen viso de continuar hacia el norte tropical. Ahora bien, detrás de ese pequeño espacio habitado aguarda la inmensidad: la llanura, las montañas, la línea recta de la carretera que se pierde en la lejanía, la carretera que tomaremos hacia Darwin. ¿Que qué recuerdo de esa carretera? La extrema aridez, los *road trains*, esos enormes camiones de dos o tres remolques capaces de arrojar un búfalo a la cuneta como si de un perro se tratara. La imagen violenta de un ciervo yaciendo en medio de un charco de sangre. En cierto momento nos desviamos de la Stuart Highway envueltos en una nube de polvo rojo. La tierra estaba dura y agrietada, unas sacudidas tremendas nos arrojaron hacia el otro lado de la carretera; luego, arena suelta y resbaladiza. Los ríos que se ven en el mapa están secos. El aire está

infestado de pequeños mosquitos malignos. Trato de imaginarme cómo discurrieron antaño los ríos por este vacío infinito, pero no puedo.

Existen, sí, los hombres transparentes. Tal vez los haya también negros, aunque éste era blanco y viejísimo. Cubría su cabeza la versión amarillenta de un salacot colonial. Por debajo del casco le pendían unos largos mechones de cabello, de un blanco mugriento, como si fueran chorros –no se me ocurre una comparación mejor–, los cuales desembocaban en una amplia barba abierta en abanico, del mismo tono. El magro cuerpo quedaba disimulado bajo un uniforme tropical, también en desuso. De los puños deshilachados asomaban unas manos largas y flacas con unas largas uñas repugnantes, como garras. Y, sin embargo, la voz que esa figura emitió desde la mecedora no pegaba en nada con su aspecto. Era una voz sorprendentemente aguda y melodiosa.

–Será mejor que cierres el libro –recomendó la voz–. Ni aunque te pasaras diez años investigando el mundo de los aborígenes, llegarías a entenderlo. Yo llevo aquí cincuenta años y sigo sin entenderlo. ¿Por dónde vas? ¿Por las *moieties*?

El hombre había acertado. Durante el viaje, yo había leído algo acerca de las *moieties* y lo cierto es que no me había enterado de gran cosa. No es que no comprendiera lo que decía el texto, lo difícil de entender era el concepto de *moiety*. El vocablo procedía de *moitié*, y por tanto significaba «mitad», eso ya lo había descubierto yo por mi cuenta. Ahora bien, la complejidad de la vida social en la comunidad aborígen era tan impresionante que se me escapaba. ¿Qué individuo de qué mitad tenía prohibido hacer qué cosa con qué individuo de la otra mitad? ¿Y con qué individuo de la otra mitad estaba obligado a hacerlo? ¿Cómo era posible que un individuo en Arnhem Land perteneciera a la *dua moiety* y su mujer, sin embargo, a la *jiridja*? ¿Cómo afectaba esto a los rituales y ceremonias de la comunidad? Por si fuera poco, la comunidad se dividía en diferentes dialectos y clanes, cada uno de los cuales determinaba, a su vez, qué individuos de la comunidad estaban autorizados a pintar y quiénes no, o quiénes estaban autorizados a entonar ciertos cantos y quiénes no. Comparado con eso, las matemáticas avanzadas y las ceremonias cortesanas japonesas se quedaban en nada. La historia era tan mareante que renuncié a entenderla. Aquella misma mañana, yo había tenido la ocasión de escuchar los cantos de los aborígenes en el museo. Almut se marchó, pero yo me quedé, fascinada. El canto repetitivo de aquellas mujeres mayores, como un quejido infinito, me sumió en una especie de trance. La imagen era insólita: un par de mujeres, entradas en años y de aspecto mísero, como requemadas por el sol, cantando sobre una tierra roja también requemada, el polvo arremolinándose entre sus curtidos pies descalzos. Con los pies y los bastones

golpeaban la árida tierra, tan dura que parecía piedra; la melodía giraba sobre sí misma en perpetua repetición, las palabras eran tan ajenas a todo significado que resultaba difícil creer que formaban parte de una lengua. Y, sin embargo, eso es lo que eran, precisamente: una lengua, un relato acerca de seres ancestrales venidos de allende el mar en angostas embarcaciones, unos seres que, en los cantos de esas mujeres, recorrían la tierra, en la que yo me encontraba en aquel momento, creando animales y espíritus que con el paso del tiempo se transformarían en tótems, cuya función en la vida de esas comunidades seguía siendo primordial.

–Ven, siéntate aquí.

La voz era imperativa y yo obedecí. El rostro que asomaba bajo el casco era de pergamino, pero sus ojos intensamente azules chisporroteaban. El inglés que hablaba era de los que demarcan un territorio de origen y educación y era un milagro que lo hubiera conservado intacto durante cincuenta años. Los australianos llaman *Pom* a ese tipo de individuos. El uniforme tropical, que le iba enorme, cubría algo parecido a un esqueleto. Su voz contrastaba notablemente con su aspecto físico. En su meñique izquierdo lucía un anillo heráldico. Debía de ser su tótem personal.

–Aún tengo buena vista. Sé qué libro estás leyendo. Fue escrito hace tiempo y se considera una gran obra, pero no te va a servir de mucho. He reconocido el libro por los dibujos abstractos de la cubierta, las líneas con números y letras que pretenden explicar el misterioso mundo de estas comunidades. Una obra muy respetable, ciertamente, y bien documentada. Te explica cosas como qué individuos están autorizados a contraer matrimonio entre sí atendiendo a su procedencia, quiénes están autorizados a participar en la fumigación de los cadáveres, quiénes no están autorizados a entonar cantos durante la ceremonia de inhumación de los huesos, qué cosas se transmiten por línea materna y cuáles por línea paterna y hasta qué generación... El libro te facilitará abundante información, en efecto, pero la olvidarás en el acto. ¿Eres antropóloga?

–No.

–Entonces ¿para qué te sirve un libro como éste? Por mucho que leas sobre esa gente, cuando la observes te resultará una incógnita. No es que quiera imprimirle a su mundo más misterio del que tiene, aunque es innegable que lo tiene, además de belleza. Quizás no se trate de una belleza física. Praxíteles no los hubiera empleado como modelo de sus esculturas, aunque tampoco nos hubiera escogido a nosotros, la verdad. Es obvio que ellos no responden a nuestro canon de belleza, aunque yo hace ya tiempo que los veo de otra manera. Yo los encuentro bellos. Y lo que les confiere belleza es la naturaleza ancestral de su mundo. Así al menos lo veo yo. Y sus creaciones, sus cantos, su arte. Ellos viven su arte, no distinguen entre pensamiento, vida y creación. Algo similar a lo que sucedió en nuestro Medievo, antes de que todo se descompusiera. Un mundo cerrado hace la vida más fácil. Y

ésta es la razón por la que este mundo os atrae tanto a vosotros, disculpa que me exprese de esta manera. Lo de «vosotros» no suena muy cortés, lo sé. Pero llevo viviendo en este lugar apartado del mundo hace muchos años y os veo venir y buscar. Este mundo ofrece de todo, es poesía, una forma de vida completa. Para personas que vienen de un mundo donde casi todo ha perdido su sentido, la vida de aquí resulta fascinante. Con la particularidad añadida de que es un mundo que ha dejado de existir, del que apenas quedan restos. ¿No es eso lo que el ser humano siempre ha buscado? ¿El paraíso perdido? Estas gentes soñaron un sueño infinito, una eternidad en la que hubieran podido vivir para siempre, un mundo inmutable. En el origen de los tiempos aparecieron unos seres que soñaron ese mundo y ellos, sus descendientes, heredaron los sueños de sus antepasados en un universo dominado por los espíritus y sembrado de lugares encantados, un sistema en el que nosotros no tenemos cabida, aunque quisiéramos.

Yo permanecía en silencio. De detrás de la galería llegaba el susurro intermitente de los grandes ventiladores antiguos que pendían del techo del vestíbulo. El hombre no me estaba contando nada que yo no supiera ya, y sin embargo hubiera podido escuchar su voz durante horas. Había en ella un tono extraño, como un lamento que, a pesar de todo, no era triste. Puede que sus palabras coincidieran con lo que yo estaba deseando oír. Me gustó su recomendación de que me mantuviera alejada de la erudición, de las interpretaciones teóricas, y me rindiera a lo incomprensible, como hacíamos en otros tiempos Almut y yo en nuestra habitación de Jardins, seducidas por las imágenes de Australia. Aquellas ilustraciones, gráficos, abstracciones, no tenían nada que ver con aquellas mujeres que bailaban entonando cantos. A mí al menos no me acercaban en nada a la comprensión del misterio, y quizás no debiera desearlo. Mejor haría en recordar las pinturas rupestres, los paisajes, el ronco susurro con que aquella primera noche un hombre me arrancó de mi propia vida con palabras ininteligibles, tan ininteligibles como los cantos de aquel amanecer que conservaría para siempre en mi memoria.

Aparté el libro.

–Bien. Todo esto que te he dicho tiene su fundamento. Conozco bien el libro, yo soy el autor.

Me lo quedé mirando. En la contraportada del libro figuraba la fotografía de un hombre joven flanqueado por dos cazadores armados con jabalinas. Cyril Clarence. Me recordaba a James Mason de joven. La foto debió de haber sido tomada hacía al menos sesenta años. Se lo dije. Él se echó a reír.

–No me arrepiento de nada, no me lo permitiría a mí mismo, pero lo cierto es que he consagrado medio siglo de mi vida a tratar de entender cómo funcionan esas comunidades.

–¿Y lo ha conseguido usted?

Clarence no me contestó. En lugar de ello, tomó en sus manos el libro que yo

había depositado junto a él sobre la mesa, desdobló el mapa que había en la última página y señaló un lugar a unos doscientos kilómetros al este de Darwin. No había carretera alguna que llevara a ese lugar. Se lo dije.

Él replicó riendo:

–Ahora sí. Bueno, mejor dicho, hay caminos para los cuatro por cuatro, siempre que uno coincida con la estación del año adecuada. En otros tiempos sólo se llegaba a pie. En ese lugar vivía un amigo mío.

–¿Ya no?

–No, ya no. Fue asesinado. Era un pintor, un cazador, construyó ahí con sus propias manos una pista de aterrizaje. Vivía en una comunidad pequeña. Eran gentes que habían regresado a su vieja tierra, porque no habían logrado olvidarla. Lugares sagrados, lugares secretos, lugares prohibidos, se olvidan muchas cosas pero eso se recuerda siempre, porque, aunque tú no puedas verlo, su mundo es un lugar encantado, con vegetación encantada, animales encantados, un paisaje lleno de claves invisibles. No necesitas saber más. Fue su yerno quien lo asesinó. Yo le iba a ver de vez en cuando, él me contaba muchas cosas. Hablábamos a través de un aparato de radio. Yo creía que esa gente vivía en el paraíso, pero al final descubrí que no, que aquello tampoco era el paraíso. Mi amigo pintaba bien, era un gran artista. De vez en cuando acudía desde lejos un galerista a su aldea para hacerse con alguna obra suya. No le pagaban nada mal. La verdad es que a él no le importaba gran cosa que sus cuadros se expusieran en museos de Estados Unidos. Era bastante reacio a ofrecer explicaciones acerca de su iconografía. Sabía que la gente desconocida que viera su obra no comprendería o no sería capaz de comprender su significado. La gente adquiriría sus pinturas únicamente por su valor decorativo o como inversión. Por lo demás, mi amigo vivía de la caza. Era un excelente pescador y cazador.

–¿Y por qué lo asesinaron?

–Celos. Esto sigue siendo el mundo real. Hay que ser muy fuerte para saber afrontar tantos cambios. Él lo era, pero las cosas no siempre salen bien. Vivimos en un mundo voraz.

–¿Y el autor del crimen?

–Alcánzame el mapa. Aquí, ¿ves? ¿Ves esa infinita llanura marrón? Ni una carretera a la vista. Cientos y cientos de kilómetros de vacío. Sólo hay un camino que conduce al puesto de avanzada de Nganyalala, unos doscientos kilómetros en dirección este. En millas a la redonda no hay absolutamente nada, todo vacío, matorrales, tierras bajas. Y, sin embargo, si es necesario, estas gentes son capaces de aguantar años en estas condiciones. Él se había traído consigo a su anciana madre, una mujer que sabe cómo sobrevivir en el desierto. Donde tú ves una piedra, ella ve agua. Hay que saber interpretar el mundo. Raíces, pequeños animales, bayas. En fin, no sé que sucedió, pero no volvieron a encontrarlos. ¿Adónde querías ir?

–Al *Sickness Dreaming Place*.

–¿Por alguna razón?

–Sí.

–Mmm. Difícil.

Cyril señaló un lugar en el mapa.

–Aquí. Sleisbeck Mine –*abandoned*, ponía detrás–. Oficialmente es un lugar prohibido. Siempre ha sido una zona complicada. Cuando en 1845 Leichhardt se adentró en el South Alligator Valley tuvo serios problemas con los Jawoyn, los aborígenes que vivían ahí. Para ellos es una tierra sagrada. El antepasado totémico que manda en ese lugar no quiere que se turbe la paz de la tierra y quien lo hace está condenado a que le suceda algo terrible. La tierra se llama Sickness Country porque emite una gran cantidad de radioactividad natural. Una cosa es la tierra sagrada y otra muy distinta son las minas de uranio. Desde 1950 se extraen en esa zona oro, uranio, paladio y a saber qué más. Deuda pública australiana frente a agua de mina envenenada, especies de animales en extinción, derechos territoriales sagrados y mitos ancestrales, la combinación es explosiva. Y, por otro lado, están todas esas impresionantes pinturas rupestres; Lascaux no es nada comparado con ellas.

En ese momento apareció Almut en la terraza agitando un periódico. Se dejó caer sobre una silla, ignorando la presencia de Cyril. Almut nunca se sorprendía de nada, ni siquiera cuando te veía conversar con un hombre centenario.

–¡Toma, mira esto! Para que recuerdes que estamos en otro mundo. «Ancianos de una tribu matan a un aborígen con sus cantos.» He tratado de imaginarme cómo se hace eso. Sé que se puede torturar a una persona con ciertos sonidos. Dicen que una gota cayendo sin cesar en un cubo de agua puede enloquecer completamente al más pintado. Pero ¿matar a una persona cantando? Tal vez sea un canto de esos que escuchamos esta mañana en el museo. Aquel lento quejido me sacaba de mis casillas. No entiendo cómo pudiste aguantar tanto rato. Esos tonos profundos me atravesaban el cuerpo, parecía el sonido de una sierra.

Almut imitó el ruido de una vieja taladradora.

–¿Qué dice tu amiga? –me preguntó Cyril–. Me encanta vuestra lengua, pero no entiendo nada.

Le conté lo que había dicho Almut y el anciano se echó a reír. Mi amiga hizo como si acabara de percatarse de su presencia. Con una mirada interrogante me preguntó:

–¿De dónde has sacado a ése? Creía que semejantes personajes ya no existían, parece salido de una película. ¿Por qué se ha reído?

–Matar a una persona cantando –dijo Cyril–. Sería bonito si fuera posible. No, no, aquí eso significa otra cosa, aunque en realidad las consecuencias son las mismas. Se trata de una ceremonia con la que se expulsa a un individuo de la

comunidad por haber incurrido en una falta grave, como robar el tótem de otra persona o faltar a algún tabú importante. El anatema que se lanza contra el hombre o mujer culpable del delito se hace cantando. A partir de ese momento, ya nadie de la comunidad está autorizado a prestarle ayuda de ningún tipo. Viene a ser como una condena a muerte. Es la gente que se ve vagabundeando por las grandes ciudades. Son personas desterradas.

Almut permaneció en silencio. La historia parecía haberla decepcionado. Se puso en pie y dijo:

–Una ilusión menos. ¿De qué hablabais cuando yo llegué?

–De Sleisbeck. Cyril dice que es difícil.

Almut pronunció el nombre de Cyril como si lo conociera de toda la vida.

–Pues que Cyril nos explique cómo llegar.

–No, que dice que no vayamos. Nos recomienda ir a otros sitios. Ubirr. Kakadu. Nourlangie.

Juntos miramos el mapa. La mano con la que el anciano señala las poblaciones parece de mármol traslúcido.

–¿Y qué hacemos con Sickness?

–Yo ya estoy curada.

Al día siguiente, cuando partimos, Cyril está en la terraza. Nuestro viejo carro japonés hace un ruido terrible, pero estamos animadas. Almut canta medio repertorio de Maria Bethânia, de vez en cuando un *road train* nos empuja hacia la cuneta, los camioneros se ríen y nos hacen señas obscenas. Es octubre, *the Wet*, la estación de lluvias, ha empezado, aunque los aguaceros fuertes vienen más tarde. Pasados unos cuarenta kilómetros giramos a la izquierda, en dirección a Arnhem Land. Almut va susurrando los nombres de los diferentes lugares: Humpty Doo, Annaburroo, Wildman Lagoon. Deberíamos llegar a una encrucijada donde hay que elegir entre Jabiru y Ja Ja, pero no logro ubicarla en el mapa, y de repente la carretera se transforma en una pista roja y ésta en una perpetua repetición de sí misma, flanqueada por un bosque seco y silente.

Nos apeamos del coche junto a un río, el silencio susurra sonidos extraños. *Crocodiles frequent this Area. Keep Children and Dogs away from Water's Edge.* Miro la superficie del agua, negra y brillante, miro la tierra roja bajo mis pies, signos gráficos de las hojas secas de eucalipto como una caja de letras vacía. No hay apenas circulación en esta carretera. Almut y yo estamos solas en nuestra nube de polvo y así vemos venir desde lejos a los escasos vehículos, también solitarios, como nubes, apariciones. Me siento feliz. Al llegar a Ubirr nos toca caminar una hora.

–Majestuoso –masculla Almut.

Miro a mi amiga para saber a qué se está refiriendo. Ella señala a su alrededor y luego me rodea con su brazo, como si quisiera protegerme de algo, pero ¿de qué?

–Todo esto es tan viejo –continúa Almut–. También yo me siento infinitamente vieja, como si hubiera vivido aquí toda la vida. El tiempo no es nada, no es más que un pedo. Si alguien nos soplara saldríamos volando. Mil años o no, da lo mismo, todo se reduce a nada. Y a nuestro regreso no nos reconoceríamos ni a nosotras mismas. El mismo cerebro pero con otro *software*. Sé de lo que hablo, he mirado mucho a los ojos de los Abos. ¿No te pasa a ti eso? Mil años, diez mil años, los mismos ojos, el mismo paisaje. Ellos son su propia eternidad y eso es algo difícil de soportar –Almut se echa a reír y añade–: Despedida, por ponerme demasiado seria.

Almut lleva razón. Todo cuanto nos envuelve –las piedras, los árboles, las rocas– intenta contagiarnos su devastadora vejez. No hay voz humana con la que distraerse. El brillo gris y siniestro de las piedras repele al intruso. No es de extrañar que se considere ésta una tierra sagrada. Susurro de arbustos, rumor de animales invisibles. Aquí vivían los aborígenes, bajo la protección de esta pared de

roca inclinada. En la pared, debajo de los pies o encima de la cabeza, pintaban y dibujaban a los animales de los que se alimentaban y cuyos nombres yo me apunto más adelante: *barramundi*, el gran pez; *badjalanga*, la tortuga de cuello largo; *kalekale*, el pez gato; *budjudu*, la iguana.

–Voy a echarme en el suelo –dice Almut–. Me duelen las cervicales.

Yo me tiendo a su lado.

–Ojalá se pudiera hacer lo mismo en la Capilla Sixtina –observa mi amiga.

Pero yo ya me he perdido, es como si yaciera en el interior de una inmensa ánfora micénica. Me maravillo de la belleza del dibujo, veo unos peces imaginarios nadando hacia abajo, al lado de éstos unos hombres blancos pequeñitos, muy humildes, sin rostro, como si trataran de demostrar que en realidad no existen. Después de observar un rato más descubro que la pared de roca contiene cientos de colores (erosión, meteorización, moho, tiempo, todo se ha alojado en esta roca). Y encima de todo ello ha quedado grabada esta imagen, que en su día existió ahí fuera, viva, real, y que tuvo que pasar por la mano de un hombre para resucitar aquí en los colores de la tierra, inmóvil, inscrita, grabada en el tiempo.

Quisiera decir algo pero no sé cómo, algo sobre lo que acaba de decir Almut, sobre el tiempo como pedo, pero sólo ella sabe expresarse con esa sencillez y naturalidad, yo soy más propensa a lo confuso y lo solemne. Esos dibujos tienen veinte mil años, me contó Cyril. Y de pronto los ceros dejan de ser un número y se convierten en algo material, un tejido que me envuelve. Todo cuanto veo y cuanto soy pende en un mismo continuo que, al igual que una tela mágica, anula el tiempo, lo destruye, lo invalida transformándolo en un elemento, como el agua y el aire, un elemento que me permitiría desplazarme hacia cualquier lado y no sólo hacia ese único lado en el que termina mi parte.

–¡Eh, no te embales! –me advierte Almut. Nos incorporamos y desde la roca subimos al altiplano. Al fondo, muy por debajo de nosotras, se extiende un territorio que alcanza el límite del mundo visible. Es un paisaje salido de un sueño. Debería de estar poblado de figuras divinas. Un ave rapaz pende, silenciosa, en el aire, como un guardián solitario. Otras aves, blancas, flotan en un banco de arena movediza, en la linde del bosque. Justo debajo de nosotras, al pie de las rocas, se alzan las agudas pirámides de los nidos de las termitas, palmas de arena tan frágiles como briznas de hierba, bloques de piedra de un templo destruido.

–No era mi intención reírme de ti –dice Almut–. Sé lo que quieres decir, sólo que yo no sé expresarme de este modo. Creo que todo esto tiene que ver con la melancolía, aunque también con el triunfo.

–Sí –contesto, y me hubiera gustado añadir que el triunfo se encuentra en el instante en que sientes que eres mortal e inmortal a la vez, pero me callo. El tiempo es un pedo, bien, es la forma más breve de expresarlo y puede que signifique lo mismo. «El territorio que vas a visitar tiene sesenta millones de años», me dijo

Cyril. Yellow Water, Alligator River, color de ceniza, eucaliptos blancos afectados por los hongos sobre una tierra pantanosa de color verde musgo, el cauce de un río muerto, una pared de roca sangrando por donde un monstruo ha mordido la tierra. Ya basta, debemos partir. Este viaje lo emprendimos hace mucho tiempo, en una habitación de São Paulo. Hoy hemos alcanzado nuestro destino.

¿En cuántas palabras puede una pensar sin moverse de un mismo sitio? Empecé un viaje mental y fui a parar a donde ya estaba, en el silencio. La mujer que conoció a aquel hombre en la galería no era la misma que seis meses atrás había llegado a Sydney. En realidad, debiera decir: yo ya no era la misma. Y eso es, efectivamente, lo que quisiera decir; lo que sucede es que ha surgido una distancia entre mi persona y yo misma que aún no soy capaz de salvar. Según Almut es que estoy enamorada, pero no es cierto. Es mucho más. Es un recibir y un renunciar al mismo tiempo. Yo no le poseo a él porque él no me posee a mí. Me lo dejó claro desde un principio. Eso también tiene que ver con la distancia. Él es tan impenetrable como sus pinturas. Puedes colgar sus lienzos en la pared, pero eso no significa que te pertenezcan. No los poseerás jamás porque proceden de un lugar que te está vedado. Yo no pertenezco a su mundo, él nunca me llevaría consigo a su aldea, puede que se avergüence de mí y no quiera presentarme a sus parientes y amigos. Pero no es eso, no, como tampoco lo es el hecho de que él me haya llevado, como en una excursión turística, a un lugar de esos donde la vida de los aborígenes se representa como en un teatro, una perfecta puesta en escena con inclusión de todos los elementos típicos, tales como el *bushucker* (comida del bosque), los *didgeridoo* (flautas de madera), las hogueras de campamento y las danzas torpemente ejecutadas, en nada parecidas a las que vi en el museo de Darwin. Llevándome a este lugar él me subestima, lo sé, en realidad me ofende, y por si fuera poco no podemos hablar del asunto por la sencilla razón de que él no habla. Pero en el fondo todo eso me da igual. Puede que él trate de demostrarme algo, algo que prefiero no saber. Y, sin embargo, cuando cae la noche y el espectáculo ha terminado, él y yo nos quedamos de nuevo solos con el silencio, solos con una infinita escasez de palabras; nunca imaginé que éstas pudieran ser tan pocas. Pero a mí todo me parece bien. ¿O acaso me engaño a mí misma? ¿Existe la pornografía sin porno? Mejor dicho, ¿existe la pornografía exclusivamente como concepto, sin representación gráfica alguna? Pura pornografía del espíritu, un estado en que la mentira transforma la naturaleza de cada acto –caricia, beso, orgasmo– en algo obscuro y perverso. Reflexiono sobre todas estas cosas, aquí, tendida en el suelo mientras espero a que él pronuncie alguna de sus escasas palabras, a que vuelva a tocarme y yo vuelva a olvidarme de mis pensamientos.

Un día Almut se refirió a él como «tu noble salvaje». Fue la primera vez en años que me enfadé con ella. Yo estaba furiosa, no porque ella me hubiera ofendido, sino porque me dolió su falta de comprensión. Almut siempre me había entendido

y, de repente, sentí como si la hubiera perdido. Lo que me está sucediendo no tiene que ver con el amor, es algo mucho más fuerte, más obscuro, más perverso. Si fuera amor, tendría que reconocer que me he enamorado de una roca o de un desierto. Todo comenzó con aquel cuadro. Yo lo estaba mirando, ensimismada. El cuadro no representaba nada que tuviera que ver con lo que yo había visto durante el viaje. No aparecían las figuras habituales, esos seres visibles que, por muy extraños que sean, resultan reconocibles. No, lo único que había era un fondo negro impenetrable, desafiante, atravesado por una forma de luz, un contraste que me atraía hacia el interior del negro, tal como más adelante me sucedió con él. Con todas estas palabras no logro ni aproximarme al núcleo de la cuestión. Visto desde fuera, aquello fue poco menos que una banalidad. Acudo a un *vernissage*, me quedo demasiado tiempo plantada delante de un cuadro, me aílo de todo lo que me rodea, voces, personas... pienso en la frase prohibida «como una nube oscura», no quiero saber nada de todo eso, nada de la violencia, del miedo y del horror, y siento como si algo me arrastrara hacia el interior de la nube, como si mi viaje por una tierra en la que llevaba años soñando con ilusión infantil hubiera tenido como único destino este cuadro, como un exorcismo, sólo posible si me dejo llevar por el tabú. Las lágrimas me ruedan por las mejillas, pero estoy de espaldas a los demás. Nadie puede ver lo que ven mis ojos. Ellos sólo ven, si es que ven algo, que el propietario de la galería se acerca a mí y me dice: «Ese cuadro parece interesarle». El hombre descubre mis lágrimas y se da media vuelta mientras me propone: «Me gustaría presentarle al artista». Y transcurrido un buen rato regresa con él, cuando hace ya un tiempo que me he enjugado las lágrimas. Y éstas brotan de nuevo cuando veo al artista delante de mí, porque ese hombre es su propio cuadro. Todo eso tiene que ver con el dolor de la curación, comprendo ahora. No se lo he contado a nadie, tampoco a Almut. No espero nada, estoy a merced de él. El galerista debió de haberle hecho algún comentario, porque el pintor se quedó plantado delante de mí, sin decir nada, tímido o tal vez sólo infinitamente distante, no lo sé, sigo sin saberlo. A veces pienso que ni tan siquiera me ve, que cuando me toca o cuando me folla soy invisible para él, una criatura sin alma, una forma, una quimera, y así es, como si lo que hacemos careciera de sustancia, como si todo anunciara su partida, sus largos silencios, su negarse a mirarme cuando yo grito para que me mire, aunque sé que no lo hará, que no me mirará, lo supe desde el mismo instante en que vi su cuadro por primera vez.

No hay nada más que contar. La semana que él me ha concedido ha llegado a su fin. El galerista, que al final de la velada estaba borracho, me dijo: «Sólo te lo presto, ten cuidado con él. Y, sobre todo, procura no hablar con él de sus cuadros. No le está permitido, es un asunto muy complejo. Tabú, secreto, tótem, conviene mantenerse alejado de todo este mundo». Y a continuación nos entregó la llave de su casita en Port Wilunga, en la costa. Aquel primer día, él y yo caminamos por la

playa: fue un paseo eterno. Había marea alta, era como si el estruendo de las olas que rompían en la playa se dirigiera a mí a propósito, como si el mar quisiera compensarme por el silencio que me acompañaba. De vez en cuando él señalaba con la mano un pájaro, pronunciaba un nombre. Por lo demás, ni una palabra. Sólo al principio aquella declaración, que pronunció sin mirarme, como si se tratara de la *Declaration of Independence*, de que al cabo de una semana tendría que regresar a su *mob*, sin tan siquiera decirme en qué lugar de Australia se encontraba éste. Paseamos hasta la caída de la noche. Luego entramos en la casita, que él ya conocía. Era obvio que ya había estado ahí antes. Acompañado de otras personas, eso también era obvio. No encendió la luz, posó su mano con los dedos abiertos sobre mi cuello. El roce fue muy ligero, pero aun así noté la dureza de sus dedos. Es imposible que alguien te toque apenas y que, sin embargo, tengas la sensación de que te levanta del suelo. A continuación nos sumergimos en un perpetuo balanceo, no sabría cómo llamarlo si no. Un balanceo al ritmo de las olas, un expandirse y encogerse, un movimiento al que me entregué de lleno hasta que mi cuerpo se derramó y dejé de existir. Cuando al día siguiente me desperté, él ya había salido. Desde la ventana lo vi sentado bajo la primera luz del sol, una silueta oscura en la arena, inmóvil como una piedra, y de repente fui consciente de lo que me estaba sucediendo. Había sustituido un recuerdo por otro, uno que me causaría tanta zozobra como el anterior. En adelante yo existiría en la mente de una persona sin saber qué significaba para ella. En otros tiempos esa idea me hubiera resultado insoportable, pero en aquel momento me era indiferente. Acababa de descubrir mi propia identidad. En cierta ocasión, se me ocurrió preguntarle a mi madre en qué le gustaría pensar en el instante de su muerte. No me contestó, sólo movió la cabeza.

–Hay cosas de las que uno no habla, ni tan siquiera con una hija –respondió finalmente.

–¿Ni tan siquiera con una hija?

–Precisamente no con una hija.

Después de unos días en Port Wilunga, partimos hacia ese extraño lugar, aquella reserva donde jugamos a ser aborígenes. Suena fatal, pero así es como fue. No sé por qué quiso llevarme ahí. Bueno, al menos me ha servido de algo: he aprendido a alimentarme del desierto y he aprendido también que si uno se sumerge en el silencio se transforma en el propio silencio. Mi llegada no sorprendió a nadie, puede que no fuera la primera vez que él se presentaba en la reserva acompañado de una mujer. Yo me mantuve completamente al margen de ese espectáculo ingenuo que era la vida en la reserva; practiqué la ausencia, que es algo que se me da bien. Aquel lugar no era su *mob*; además, la gente hablaba con él en inglés, de modo que tampoco era su lengua. Lo vi reírse, eso sí, aunque no conmigo. Me hubiera gustado explicarle lo que me sucedió aquella semana, pero mi nube oscura no podía ser la suya. Ésta me la llevaría conmigo, me acompañaría durante toda la vida,

como si una nube pudiera anular a la otra. Ya veremos. Es la última noche. Paso la palma de la mano sobre el suelo de tierra a mi lado. Tierra convertida en papel, dura y seca. Todo es tan distinto de mi país. Fuera despunta el día. Corre la luz por el mundo con una violencia casi insoportable. Minio. Sangre. Me vuelvo para mirarle. Duerme, todavía. También él es una forma. Ojalá pudiera izarlo del suelo y volar con él sobre el inmenso vacío de esta tierra hasta alcanzar su mundo, que no es el mío.

–¿Os reísteis al menos alguna vez? –preguntó Almut. Sabía que iba a hacerme esa pregunta. También sabía que estaba enfadada conmigo, indignada. Si uno no se ríe con la persona con la que está, es que algo no funciona. Al menos para ella. Yo había regresado sola a Adelaide. Disponíamos durante una noche más de la casita de Port Wilunga y Almut quería verla. La misma playa, el mismo mar, las mismas aves, cuyos nombres ahora conocía. Estábamos en la cima de una duna en un pequeño restaurante llamado Star of Greece, cuyo nombre se debía a un barco griego ahí varado. La marea había vuelto a subir, las olas seguían narrando sus historias. Yo no. Sabía que Almut esperaba algo de mí, nuestra relación había sido siempre así, no había secretos entre las dos. Pero yo era incapaz de hablar, todavía no.

–¿Qué hiciste durante esta semana? –me decidí a preguntar.

–¿Yo? Hacer el bestia. ¿Te parece? No, mujer, estuve pensando en nosotras, en qué iba a ser de nuestra vida. No sabía si ibas a volver.

–¿No te dije que regresaría al cabo de una semana?

–Sí, pero la cara que pusiste al decirlo podía significar todo lo contrario. Tuve la impresión de que no querías regresar nunca más.

Me encogí de hombros y Almut comenzó a ponerse nerviosa. Sabía que me tocaba aguantar una tormenta.

–¿Por qué no reconoces que es hora de que nos planteemos algunas cosas? Para empezar, se nos ha acabado el dinero, aunque eso es lo de menos. Estos días atrás no sabía nada de ti y no estoy acostumbrada a eso. Estaba realmente muy preocupada. Y no porque ese tío se negara a mirarme, creo que a ti tampoco te miraba. Sus cuadros me parecen magníficos, sobre todo aquel que te encantaba a ti. No recuerdo el título, pero podría haberse llamado perfectamente *Las puertas del infierno*. No me extraña que ese hombre no ría nunca. Por cierto, yo a éstos no los he visto reír nunca.

–¿Ésos?

–Bueno, perdona. Pero es que una noche en Alice Springs, cuando tú ya te habías dormido, salí a pasear y me alejé un poco. Nunca te lo he contado.

–¿Y qué ocurrió?

–Nada. De repente me topé con tres de esos individuos, ellos inmóviles, yo inmóvil. Apestaban a cerveza, se oía de lejos. Nada más. Se quedaron mirándome fijamente hasta que me di la vuelta. Eso es todo –después de una breve pausa, Almut añadió–: Fue terriblemente triste.

–La misma tristeza se ve en São Paulo.

–No, no es la misma. En primer lugar, porque en Brasil la gente siempre ríe, a pesar de todas sus desgracias. Nuestros esclavos proceden de África y éstos al menos sabían bailar. Bailar de verdad, quiero decir. ¿Te imaginas una escuela de Samba en este país? Aunque en realidad tampoco me refiero a eso. Aquí todo es muy desesperante. ¿Conoces aquella frase de Groucho Marx? «Estábamos al borde del precipicio, pero dimos un paso al frente.» Ni eso han conseguido en esta tierra. Los han apartado del borde del precipicio justo a tiempo, pero la mitad de lo que ves por aquí es mentira, pura fachada.

–¿Qué es lo que es pura fachada?

–Todo. Antiguamente los dibujos los hacían sobre la arena o sobre sus cuerpos. Esas pinturas poseían un significado que más adelante se perdía. Soplaban el viento y el dibujo se borraba. Las cosas no estaban a la venta. Pero ahora todo se vende. ¿Cómo sé yo si es auténtico ese pedazo de tronco pintado que en otros tiempos se entregaba a los muertos? ¿Cuántos objetos de esos fabrican? ¿Y cómo los venden? ¿Acaso se esconden en el monte con sus misteriosos artefactos a la espera de que aterrice otro galerista en una avioneta Piper Cup con una maleta llena de pasta?

–Estás desencantada.

–Tal vez. Y a lo mejor con razón.

–¿Por qué? ¿Porque se han frustrado nuestras ilusiones infantiles? Pues hace una semana, en Ubirr, aún andabas medio en éxtasis. ¿Lo has olvidado?

–No, no lo he olvidado. Sólo que tengo la sensación de que este mundo está irremediabilmente condenado a muerte. Y cuando tú desapareciste...

–No desaparecí.

–No, pero parecías terriblemente infeliz...

–No era infeliz. Sólo que... estaba en otro sitio. Estaba intentando comprender algo.

Almut posó su mano en mi brazo.

–No sigo preguntando. Perdona. Déjame reír un poco, al menos. Dime una palabra que me haga reír. Y luego te contaré una cosa. Tenemos una propuesta de trabajo que te hará gracia, al menos eso espero. Pero primero una palabra.

–Maku.

–Maku –repitió Almut–. ¿Cuándo debo empezar a reírme?

–Cuando sepas lo que significa.

–Dime una frase.

–En el desierto he comido *maku*, delicioso. *Wichetty grubs*, larvas de polillas y escarabajos. Se encuentran en las inmediaciones de los árboles *mulga*. Y *tjara*, hormigas de miel. Después de llover, se desentierran esas hormigas de debajo de los *mulga*. Las hormigas se hinchan y adquieren el tamaño de una rana. Están rellenas de una repugnante sustancia amarillenta destinada a las hormigas obreras, que

acuden a succionarla. Ya ves, he aprendido mucho. Si me mandaras al desierto, me las apañaría para sobrevivir. ¿Y la propuesta de trabajo de la que hablabas? ¿De qué se trata?

–Es en Perth. Está muy lejos, pero nuestro viejo carro resistirá. En Perth se celebra ahora mismo un festival literario acompañado de diversos espectáculos teatrales. Necesitan ángeles, figurantes que hagan el papel de ángeles.

–¿En una obra de teatro?

–No. No sé si me he enterado bien, pero, según me han contado, durante los días del festival habrá ángeles ocultos por la ciudad a lo largo de todo un recorrido. Lo que se pretende es que la gente los busque.

–¿Y qué tendríamos que hacer nosotras?

–Nada. Nos entregan unas alas y durante una semana nos llevan a diario a un escondrijo, en una iglesia o un edificio en ruinas o un banco, y ahí tenemos que permanecer todo el día y esperar a que la gente nos encuentre. El juego tiene que ver con *Paradise Lost*. No lo he leído. Puede que lo leyera en el instituto hace mucho tiempo, pero no me acuerdo de nada. Bueno, un poco: un ángel con una espada llameante que expulsa a Adán y Eva del paraíso. Dios, sí, y Satán. Una primera parte infinita sobre el odio de Satán hacia Dios. Y luego aquella historia de Eva, de cómo decide ella comerse la manzana. Muy triste todo, aunque los detalles no los recuerdo, la verdad.

–Ni yo. Y cuando la gente nos descubre en el escondrijo, ¿qué pasa?

–Los participantes en el juego no están autorizados a dirigirnos la palabra. Probablemente intentarán hablar con nosotras, pero nosotras no podemos contestarles. Tampoco podemos movernos. Se paga bien, eso sí.

–¿Cómo te has enterado de este trabajo?

–Por el periódico. Llamé por teléfono. Hay audiciones. Seguro que a ti te cogen. Yo lo tengo más difícil –Almut se señaló los pechos–. ¿Has visto alguna vez un ángel con tetas?

De modo que ahora soy un ángel. No fue difícil. La directora de cásting no dudó en seleccionarme. «Hay que permanecer inmóvil, es lo único que hay que saber hacer», me dijo. Y, dirigiéndose a su asistente, añadió:

–Ésta, con lo menuda que es, cabe perfectamente en el armario del edificio de la William Street, junto a la Gledden Arcade. Apúntalo.

Y, de nuevo, a mí:

–¿Crees que sabrás permanecer inmóvil? Es lo único que hay que saber hacer.

Le contesté que eso no era un problema para mí. Me bastaban cosas en las que pensar. A Almut también la seleccionaron. Había tratado de disimular sus pechos todo lo posible, pero no le sirvió de gran cosa.

–A ésta la colocamos encima del His Majesty's Theatre, frente al Wilson's car Park. A juzgar por su aspecto, no creo que le sea difícil sostener una espada en el aire durante un par de horas.

Ayer fue nuestro primer día de trabajo. Por la noche Almut llegó agotada.

–Me he pasado todo el santo día bajo un sol de justicia, aunque no voy a negar que tengo una vista fantástica desde ahí arriba. Sólo que no veo ni un alma. ¿Y tú qué?

–Yo tampoco.

No veo a la gente, pero sí la oigo. Oigo cómo suben las escaleras. Suelen detenerse un segundo en la habitación, hasta que me descubren. Es una situación un poco embarazosa, porque siempre es una persona sola. Los participantes están obligados a hacer el recorrido en solitario. Por el ruido trato de adivinar si se trata de un hombre o de una mujer, pues no me está permitido darme la vuelta para mirar. Estoy tendida en un armario, de cara a la pared. Cuando alguien entra en la habitación, procuro retener la respiración tanto como puedo, sólo que, conforme transcurre el tiempo, el cuerpo se me agarrota, y la zona en que llevo sujetas las alas empieza a dolerme terriblemente. Menos mal que oigo a la gente subir las escaleras. Ello me permite aprovechar los intervalos de silencio para mover un poco los omóplatos, porque, si no, me daría un patatús. Lo peor son los tipos que se detienen a mirar un largo rato. Noto que están deseando que no resista su mirada y que me vuelva hacia ellos. Suelen ser hombres, ya sabes. Cuando esto sucede, procuro distraerme pensando en todas mis anunciaciones, en las posturas, en la posición de las alas. Y pienso en él, en cómo yacimos ahí en el desierto, también en el suelo. Lástima que no tuviera yo alas entonces. Me gustaría saber dónde está y si piensa en mí. En esos instantes me pongo a soñar en lo que él me diría si se

presentara en la habitación y me pregunto si yo reconocería sus pasos y si me volvería hacia él a pesar de la prohibición de moverme. Tonterías, claro. Hace poco descubrí dónde está su *mob*. La pista me la dio su pintura. Resulta que existe toda una comunidad que pinta como él, así que no fue difícil descubrirlo. En el museo de aquí vi pinturas de otros miembros de su comunidad, personas que me habría gustado conocer y que él no me permitió conocer. Mejor dicho, no permitió que ellos me conocieran a mí. Con esta suerte de reflexiones se me pasan las horas. La pared del armario en el que estoy tendida ha dejado de tener secretos para mí. Conozco cada grieta, cada raya, cada desigualdad; mis pensamientos rondan en su interior como un paseante por un paisaje solitario. Cuando me quedo a solas, me pongo a tatarrear una canción. Con el paso de las horas me invade una especie de sopor o bien empiezo a imaginarme que soy capaz de volar. No veas la que se lía por la noche, cuando viene el autobús a recogerlos. Tiene su gracia la cosa: un autobús lleno de ángeles, unos ángeles que en realidad son una panda de impresentables. Coca, calmantes, problemas matemáticos, cada cual tiene sus propios recursos de supervivencia. A esa hora de la noche todos están extenuados y con miles de historias que contar. En realidad, quienes peor lo pasan son los ángeles a quienes sí les está permitido mirar a la gente. No puedes ni imaginarte las cosas tan raras que tienen que oír del público: declaraciones de amor, groserías, obscenidades. La gente sabe que los ángeles no pueden contestarles y eso es algo que al parecer excita enormemente a ciertos individuos.

Almut y yo no hemos vuelto a hablar de mi semana de ausencia. Aquellos días los guardo en mi interior. A veces me pregunto qué me deparará el futuro y cuánto tiempo más vamos a permanecer en este país. Sé que, en el fondo, Almut está deseando regresar a casa, pero yo aún no estoy preparada para ello. Lo que a mí me gustaría es internarme sola en el desierto, pero no me atrevo a decírselo. Por la noche, en el hotel, mientras ella toma copas en el bar, yo desenvuelvo el cuadro y lo coloco encima de la mesa, apoyado contra la pared. Luego me siento delante de él, como una monja meditando. Al cabo de unos minutos, empiezo a sentir el efecto del cuadro: me invade un deseo que no sabría cómo describir, un deseo que sé que no me abandonará nunca más. A Almut no se lo quiero contar todavía. No sé si hago bien, pero creo que me dedicaré a viajar eternamente, haré del mundo mi desierto. Me bastan cosas en las que pensar, para toda una vida. En cualquier lugar hay larvas, hormigas de miel, bayas y raíces. Ahora sé cómo encontrarlas. Sé cómo sobrevivir.



## Segunda parte

# 1

Todo cuanto necesitamos es una ciudad junto al agua, un mes de enero, un día de nieve húmeda, una estación de trenes. De todos los colores, el gris es el mejor; un sol oculto que reserva su calor para la otra cara de la Tierra y para las historias que allí se escriben. Trece andenes, unos más concurridos que otros. Y ahora, la varilla de zahorí, propia de nuestro oficio, indica una dirección más clara, nos conduce hacia un grupo de viajeros que no se conocen entre sí, figurantes, extras. Hoy éstos no interpretan ningún papel, aunque de eso no se puede estar nunca del todo seguro, pues, a fin de cuentas, nosotros no somos los únicos que se dedican a esto. Puede que sean personajes de otra narración. El del abrigo marrón, no; la chica con el niño pequeño, no; aquellos tres soldados, tampoco; el hombre del extravagante sombrero es demasiado mayor, eso complicaría la cosa. Pero hay que darse prisa, el tren ya tendría que haber llegado. Anda, sí, ahora lo veo, el tipo ése con pinta de bávaro, ese que acaba de abrir su periódico, el *Bildzeitung*, ése es el que necesitamos. Sí, es él: el cabello revuelto y algo escaso; los ojos lacrimosos del frío. No, el de ahí detrás no, ése no nos serviría de nada. No estás mirando en la dirección correcta. Es ese tipo de ahí, el que ya ha consultado su reloj un par de veces. Está claro que es él. Zapatos de ante ingleses, ligeramente descoloridos, pantalones de algodón color caqui indefinido, abrigo gris de paño, pañuelo rojo, de cachemira, eso sí. Su indumentaria juega con los contrastes, tanto en los colores como en la antigüedad de las prendas. Tiene un aire de artista, de capitán fuera de servicio, y a la vez de un tipo de esos que, en una ciudad burguesa como Laren, acude a ver el partido de hockey de su hija. Las diferentes prendas intentan anularse entre sí, como si el portador de las mismas dudara de su propia identidad y tratase de superar su inseguridad mediante el rojo provocativo de su pañuelo. Acerquémonos a él, pues. Es posible que ciertas mujeres se sientan atraídas por semejante individuo, aunque es obvio que no se encuentra en el mejor momento de su vida. Vuelve la cabeza para comprobar si viene alguien; mejor que se olvide. El tren acaba de pasar Haarlem, así que ya es hora de comenzar la historia. No es tarea sencilla entremezclar vidas distintas, aunque sólo sea por unos instantes. Existen, como en la química, elementos que se atraen y otros que se repelen. Las vidas requieren un largo proceso de preparación, qué le vamos a hacer. Sí, señor, lo mismo que los guisos. Bueno, en eso llevas razón, no hay ningún cocinero por aquí, a no ser que consideremos cocinera a la propia vida; sí, ¿por qué no? Comoquiera que sea, la química que se requiere no es sencilla. El tiempo de cocción requerido es en unos casos más largo que en otros, los fogones se hallan en

diferentes lugares del mundo, el resultado es incierto. No quisiera abusar de este símil, pero si me permiten sostener un instante más esa absurda abstracción, yo diría que la vida como cocinera es un verdadero desastre. La mayoría de las veces causa sufrimiento a la gente, y algunas veces, aunque no muchas, se beneficia de ello la literatura. Ya veremos.

Erik Zondag no sabía muy bien cuál era su estado de ánimo cuando tomó el tren hacia Austria. Y no era de extrañar. Hacía frío, no se encontraba bien y no sabía qué le esperaba, salvo que iba a someterse a una cura que le había aconsejado su amigo Arnold Pessers. Éste, al igual que el propio Erik, había alcanzado ese territorio de límites indefinidos que los poetas describen como selva oscura y los médicos como la mitad de la vida, una denominación absurda considerando que por regla general ignoramos la fecha de nuestra muerte. Si ésta sobreviene inesperadamente antes de lo que las estadísticas pronostican, la mitad de la vida queda automáticamente desplazada, lo que significa que para algunas personas la mitad de la vida ha sido superada hace ya tiempo. A Erik Zondag no le hacía mucha gracia pensar en estas cosas. El tren tenía retraso. A través de las cristalerías sucias del techo de la Estación Central de Ámsterdam, divisó violentas ráfagas de nieve húmeda avanzando sobre el agua del río Ij. Era viernes, y muy temprano aún para comprar el periódico en cuya redacción Erik trabajaba como crítico literario, de modo que tampoco pudo leer el artículo en el que se había cargado la última novela de uno de los corifeos patrios. Algunos escritores envejecían de un modo desagradable. Con el paso del tiempo uno acababa sabiéndose de memoria todas las obsesiones y manierismos de estos autores. En la literatura neerlandesa se moría poco. Reve, Mulisch, Claus, Wolkers, todos ellos ya escribían cuando él era un niño de pecho, y, al parecer, no tenían intención alguna de abandonar. A su juicio, esos escritores se habían tomado la idea de inmortalidad de manera demasiado literal. Su novia Ania, que trabajaba en la sección de arte de un diario de la competencia, le había reprochado haber hecho una crítica poco honesta.

–Lo que te pasa es que estás de mal humor por tener que salir de viaje mañana.

–Qué va, no tiene nada que ver con eso. Conozco a ese tipo hace ya tanto tiempo que sería capaz de escribir yo mismo sus libros.

–Nadie te detiene. A lo mejor ganabas por fin una pasta de verdad.

Ania era dieciocho años menor que él, circunstancia ésta bastante imperdonable. Llevaban viviendo juntos cuatro años, si es que podía llamarse así su vida en común, porque cada cual vivía en su propia casa, ella en el distrito norte de Ámsterdam, él en la parte vieja del distrito sur, lo que a veces complicaba un poco la vida cotidiana. Según ella, la casa de él era un cesto para perros, «un perro bastante viejo», y según él, la casa de ella, en un octavo piso con vistas al pólder, parecía un laboratorio. Blanco, vacío, inmaculado, un sitio donde uno no se quedaría por placer a pasar la noche. Y, total, para hacer lo que hacían cuando

estaban juntos, más valía una cesta para perros que un laboratorio. Ania no compartía su opinión. En realidad, cada vez compartían menos opiniones. La conversación que habían mantenido el día anterior sobre la reseña literaria que él acababa de escribir no había acabado tampoco muy bien.

–Para mí que le tienes envidia a ese tipo.

–¿Envidia, yo? ¿De ese individuo pretencioso y arrogante?

–De acuerdo, es arrogante. Pero sabe escribir.

–Pues vuestro periódico tampoco lo dejó muy bien.

–Es posible, pero al menos fue una crítica matizada. Tú te lo has cargado sin más.

Después de una discusión de esta naturaleza, poca noche de amor podía haber ya. Los escritores neerlandeses cargan con una gran responsabilidad.

–Ya sería hora de que hicieras esa cura –fue la conclusión de su novia aquella mañana–. La verdad, empiezas a estar impresentable.

En eso llevaba razón. Un hombre sin afeitar a punto de cumplir los cincuenta años divisando la infinita tristeza del polder en el mes de enero a las siete y media de la mañana reconoce estas cosas, sobre todo si, al mismo tiempo, la radio informa de que han vuelto a ser asesinados doce palestinos en la Franja de Gaza, que las acciones han alcanzado sus mínimos más desastrosos y que las deliberaciones para formar gobierno han quedado estancadas.

–No me apetece nada esa cura. Te cuesta una fortuna y no te dan de comer durante toda una semana, es ridículo.

–Desde luego, si vas en este plan, no te servirá de nada. Te hace falta ese tratamiento, aunque sólo sea para quitarte esos kilos de más de los que siempre te andas quejando. Arnold dice que salió del sanatorio como un hombre nuevo.

–¿Es eso lo que quieres?

–¿El qué?

–Un hombre nuevo. ¿Acaso crees que a mi edad yo voy a cambiar? Justo cuando empezaba a acostumbrarme a mí mismo.

–Eso tú. A mí, en cambio, empiezas a deprimirme bastante. Y, la verdad, perdona que te lo diga, pero ¡bebes demasiado!

A eso Erik no replicó nada. En el cruce de la carretera, debajo de él, una furgoneta blanca colisionó con precisión matemática contra un Honda azul celeste.

–Yo veo a Arnold mucho mejor. Y, además, sigue sin beber ni una gota.

–Sí, y ya sólo habla de lo que no puede comer. Menudo aburrimiento.

Aquella conversación no había discurrido por el derrotero deseado. Justo en el momento en que Erik consultaba su reloj, anunciaron por megafonía que el tren se retrasaría unos minutos más. Erik ya no sabía muy bien por qué había tomado ese tren. Cuando llegase a Duisburg tenía que tomar el tren nocturno a Innsbruck. El nombre de Duisburg le sugería un ambiente sombrío, una ciudad alemana con un

olor lejano a guerra, una forma de *Verelendung* o pauperización que encajaba a la perfección con su estado de ánimo presente.

Había acertado. En Duisburg hacía tanto frío como en Ámsterdam. La noticia de la amenaza de guerra, de la que se había enterado mirando de reojo el *Bildzeitung* de un pasajero en el andén, se anunciaba aquí en todos los quioscos a bombo y platillo, con gigantescas letras rojas y negras. Erik estuvo paseando un rato sin rumbo, cosa que deseaba hacer hacía tiempo. ¿Por qué se enteraba siempre tan tarde de todo? Telefoneó a Ania, pero ésta no cogió el teléfono y él no le dejó ningún mensaje en el contestador. El tren alemán sí que salió a su hora. Erik se arrebujó en la camita individual del coche-cama y se puso a dormir. De vez en cuando le despertaban las voces metálicas procedentes de los andenes desiertos o el pitido lastimero del tren, un sonido que no le resultaba desagradable. Le gustaba viajar en tren. Su cama se mecía suavemente al mágico ritmo de un percusionista invisible instalado debajo de él, en las vías, y antes de caer dormido se sintió, por primera vez aquel día, razonablemente feliz. Hacía ya tiempo que no entendía cómo se le había ocurrido embarcarse en semejante aventura. Arnold Pessers le había dado la tabarra durante horas sobre lo bien y lo ligero que se había sentido al salir del sanatorio y no había parado hasta convencerlo. Aunque, la verdad, Arnold se había vuelto una persona un poco aburrida desde entonces. Su amigo y él tenían aproximadamente la misma edad y se conocían bien. Arnold había vivido hacía tiempo un amor desdichado en Japón con una modelo que conoció cuando era fotógrafo. La historia acabó mal, como era de esperar. Las historias de amor complicadas son estupendas en las telenovelas, pero en la vida real no constituyen sino una fuente de sufrimientos. Arnold estuvo un buen tiempo dando la lata a sus amigos con su historia, y durante un par de años buscó consuelo en la bebida, hasta que logró salir del pozo por su propio pie. ¿Por qué tropieza la gente una y otra vez con la misma piedra? Erik sintió un escalofrío. No beber nunca más, eso le parecía casi lo peor que podía sucederle. No recordaba un día en su vida en que no se hubiera tomado al menos un par de copas. Médicamente eso le convertía a uno en alcohólico, aunque él nunca se emborrachaba; de hecho, tampoco padecía nunca resaca, y siempre que se había hecho un análisis, los resultados habían sido buenos. «Sí, sí, lo que tú digas», le advirtió Arnold, «pero tarde o temprano caerás». Y volvió a soltarle el rollo sobre lo bien que se encontraba, sobre su nueva vida, su maravilloso hígado regenerado, la grasa que se había quitado de encima, la energía que había recuperado. Y, una vez más, le expuso su dieta, que consistía en atenerse rigurosamente a ciertas normas monásticas, incomprensibles para Erik, que desaconsejaban la combinación de ciertos alimentos o prohibían la ingestión de

ensaladas por la noche: una pieza de fruta después de la cena era pecado mortal («se te pudre en el estómago»); fumar, algo inconcebible; el alcohol, sólo apto para suicidas, y el vino, más una medicina que un estimulante. Una o dos copas nada más, Dios mío, se moriría de hastío, pensó Erik. Con todo, Arnold había perdido una considerable cantidad de kilos, eso era innegable.

Erik se despertó hacia las siete. La cosa empezaba a ir en serio, faltaba una hora para llegar. Pueblos, montañas, bancos de niebla, casas con las luces ya encendidas y gente moviéndose tras las ventanas. En Innsbruck, Erik guardó su equipaje en una consigna. Arnold le había indicado que tomara el trenecito azul hacia Igls, pero él no tenía prisa. Prefería darse una vuelta antes. Y buscar el Café Central. Se lo había aconsejado Arnold. Debía de ser un café bonito, de los antiguos, un lugar de esos que gustaba frecuentar Thomas Bernhard para leer la prensa. Erik Zondag admiraba a Thomas Bernhard, no tanto porque desde Hermans<sup>1</sup> no hubiera habido nadie en la literatura neerlandesa que supiera soltar reniegos tan maravillosamente como él, sino también porque, al igual que Hermans, su rabia tenía que ver más con la amargura del desengaño amoroso que con otra cosa. Erik admiraba sobre todo el estilo de sus reniegos, esa rabia imperiosa, apasionada y retórica, unida a un misterioso ingrediente de compasión, la mayoría de las veces invisible, con la que el autor austriaco había descrito su sociedad, su país y su vida «consagrada a la muerte», según sus propias palabras.

En el café, Erik se puso a leer el *Standard*, un periódico cuyas hojas de tono anaranjado le conferían un aspecto amarillento aún antes de que uno lo tocara, lo cual, en el contexto de las noticias internacionales –Iraq, Israel, Zimbabwe–, producía un desfase anacrónico perfectamente a juego con el mobiliario y el suave murmullo de voces en el café, ese murmullo centroeuropeo en el que personas de la talla de Kafka, Schnitzler, Karl Kraus y Heimito von Doderer pudieron entregarse serenamente a sus reflexiones. Tal vez, pensó Erik, Austria se había quedado a propósito un poco estancada en el tiempo, como acto de rebeldía contra el exceso de velocidad del mundo. Pidió otro café.

El rey de la demora, así solía llamarle Ania.

–¿Sabes lo que tú haces? Primero das un rodeo grandísimo alrededor de tu mesa de trabajo y luego te tiras horas para llegar a tu ordenador. Es como si estuvieras esperando algún acontecimiento que te liberara de tu obligación.

–Entretanto, pienso.

–Sí, sí. En cómo ponerle la zancadilla a algún escritor.

Ania no llevaba razón en eso, pero ¿cómo convencerla de lo contrario? Por desgracia, la mayoría de libros que se publicaban dejaban mucho que desear. Aparentemente surgía un escritor nuevo a diario, pero, si uno miraba hacia atrás, hacia el siglo XX, ¿cuántos escritores auténticos habían sobrevivido? Lo único que

quedaba era un montón de libros insignificantes destinados a morir ocupando la lista de los más vendidos.

–Eres demasiado exigente –le dijo Ania en un tono de compasión o acaso de amor maternal, cuando él estaba a punto de emprender el viaje–. Prométeme una cosa, olvídate de todo eso cuando estés ahí. Si al final resulta que toda esta movida no ha merecido la pena, no te pongas nervioso. Recuerda tu presión sanguínea. Ya no eres un crío de doce años.

Esa frase retornaba a la memoria de Erik con excesiva frecuencia. No entendía por qué Ania había mencionado la edad de doce años en lugar de la de los veinticuatro o los treinta y dos, edades que por cierto tampoco tenía. A lo mejor era el doce para ella un número infinitamente lejano. Y, sí, él tenía la presión alta, eso era cierto. Y artritis, y algún que otro achaque más de esos traicioneros que pueden fastidiarle la vida a un cuarentón y que son presagio de males más graves. Erik ya se había percatado de que su edad coincidía con la media de edad de los fallecimientos anunciados en las necrológicas. Las cuentas salían bien cuando una salmonelosis había atacado una residencia de ancianos, pero salían fatal cuando se trataba de tres adolescentes borrachos o hartos de coca que, llevados por un desmedido afán de muerte, se arrojaban a la eternidad empotrándose contra un muro ciego al salir de la discoteca. Debía dejar de pensar en este tipo de cosas, se dijo Erik. «De lo contrario será como tirar el dinero al agua.» Desde luego, la cura costaba un ojo de la cara. Y más considerando que le tenían a uno prácticamente a pan y agua, según había contado Arnold.

El trencito azul resultó ser un tranvía. No circulaba más que uno cada hora. En unos minutos dejaron atrás Innsbruck y se adentraron en un bosque nevado. «Carbón blanco, plumas taladas», con estas palabras describió la nieve el poeta Constantijn Huygens, y Erik Zondag se repitió el verso para sus adentros. Era lo más bello jamás dicho acerca de la nieve. Los holandeses, tan prestos siempre a alabar la grandeza de Shakespeare o Racine, no solían ser capaces de citar ni un solo verso de Brederode, Hooft o Huygens. Los únicos versos que habían sobrevivido, conservados en el habla, eran unos cuantos de Cats y de Vondel, uno de Van Gorter y, por supuesto, aquello de *land van mest en mist*<sup>2</sup>, pero hasta ahí llegaba el conocimiento de los clásicos nacionales.

La nieve brillaba en los ojos de Erik, disolviendo el velo gris que le había envuelto a su partida. Árboles, casas, prados, todo estaba cubierto de plumas taladas. En la pequeña estación de Igls, final de trayecto, Erik bajó del tren sin más compañía que otros dos pasajeros. Una pequeña iglesia, grandes casas con pinturas populares de santos en las fachadas. La parte superior de las fachadas, de madera sin pintar, revelaba que se trataba de antiguas granjas o henares. Un letrero que anunciaba *Alpenhof* en letras góticas le indicó el camino. Había que subir una cuesta bastante empinada y resbaladiza. A Erik no le fue fácil mantener el equilibrio con sus zapatos de ciudad. Llegó arriba jadeante. Vio cómo se alzaba frente a él el sanatorio –una construcción severa de piedra natural, en forma de L– al fondo de un magnífico jardín todo cubierto de nieve. En frente había un aparcamiento lleno de automóviles BMW, Jaguar y Volvo con matrículas de Liechtenstein, Suiza, Alemania y Andorra. Arnold no le había contado nada de todo eso. No, él le había hablado de cosas muy diferentes, de la amabilidad de la gente, de que ahí todo el mundo iba en el mismo barco y que ello creaba un compañerismo muy particular. «Y, además, Erik, un poco de *connaissance du monde* nunca está de más. Después de veinte años respirando la atmósfera enrarecida de la sección de arte del periódico, un poco de oxígeno no te vendrá nada mal.»

Detrás de las puertas de cristal vio gente paseándose en albornoces blancos. Era su última oportunidad de echarse atrás.

–Cobarde.

–Sí, Ania.

Erik entró. En una especie de recepción había una mujer de su misma edad. A juzgar por el tono de su piel, se diría que acababa de regresar hacía tres minutos de

Tenerife, de asarse ahí en un horno un par de horas al día. Frau Dr. Nicklaus. Él se presentó como Zondag y ella tradujo en el acto su apellido al alemán.

–Herr Sontag. *Herzlich willkommen!* –exclamó la mujer como si llevara días esperándole. Le dijo que antes que nada iba a presentarle a una tal Renate, que era la encargada del comedor. También Renate llevaba días esperándole, a juzgar por su reacción. Le recibió casi con un beso, y acto seguido, rodeándole la cintura con el brazo como si se dispusieran a bailar un vals, le condujo hacia una mesita para dos personas junto a la ventana, que de ahora en adelante compartiría con un tal Herr Doktor Krüger de Regensburg. ¿No tenía inconveniente, verdad?

–Y además, Herr Sontag, como usted viene de Holanda, le he buscado a propósito una mesita a este lado, con vistas a las montañas, porque ustedes no tienen montañas. Su estancia oficial no empieza hasta mañana, pero, si lo desea, puede usted cenar aquí esta noche. Aunque, si le apetece, puede usted tomar en el pueblo su última cena antes de empezar la cura.

Erik no vaciló en decidirse por el pueblo. Organizó su ropa, sacó todos sus libros y los colocó delante de sí, ilusionado con la idea de que por fin podría leer cuanto le apetecía. Durmió un par de horas y luego se fue andando al pueblo. En La Oca de Oro, por hacer honor al nombre del establecimiento, pidió oca regada con un fuerte vino austriaco. Mientras caminaba de vuelta al sanatorio, empezó a nevar: gruesos copos blancos revoloteaban ante sus ojos. No le fue fácil encontrar el camino. A la botella de Blauer Burgunder le había seguido un Himbeergeist, un licor de frambuesa, y luego otro más, pues al fin y al cabo tratábase de la última cena. En la cama intentó leer un poco del libro que le había regalado Frau Nicklaus, pero llegado a uno de los consejos de salud de Maimónides, Erik desistió del intento. *Überreichliche Mahlzeiten wirken auf jeden Körper wie Gifte und sind Hauptursachen für alle Krankheiten...* [Las comidas abundantes son veneno para el cuerpo y la causa principal de todo tipo de enfermedades.] Ese razonamiento le sentó fatal a la oca y todavía peor al vino y al licor. Erik comprendió que acababa de cometer su primer pecado mortal por haber ingerido una abundante cena antes de acostarse, se perdió desesperadamente en estadísticas sobre potasio, magnesio y calcio, resolvió no despertarse para la sesión de gimnasia matinal que se practicaba a diario en el bosque y se entregó al amparo de la oscuridad...

... en la que sucedieron muchas cosas, que nosotros conocemos mejor que él. Nadie que provenga de unas tierras bajas sale impune de la proximidad de la alta montaña. Erik ha dejado la ventana entornada. Penetra en la habitación el aire frío de la noche. El hombre que está acostado en la cama va dejando atrás unos sueños que no recordará; en el silencio, inaudible para él, una lechuza persigue su presa, un ciervo se sobresalta en la sintaxis negra del bosque por el que al día siguiente Erik Zondag caminará sin dejar rastro. Cuando se despierte, avistará la cordillera iluminada por el primer sol, un decorado de blancos dientes afilados, con vetas de sangre aquí y allá.

En el comedor Erik se encontró con Herr Dr. Krüger sentado a la mesita, enfundado en un albornoz blanco, como él mismo. En su plato le esperaba un panecillo solitario y al lado de éste una jarrita con un líquido amarillento oscuro. Erik lanzó una mirada de desesperación al desayuno y luego a Herr Dr. Krüger, quien se presentó de inmediato. Dos caballeros en albornoz estrechándose la mano. Krüger era un hombre alto y, a juzgar por su aspecto, acababa de participar en la gimnasia matinal en la nieve (y así era, en efecto) y se tomaba a diario una ducha fría, tal como hacía Ernst Jünger, con el propósito, idéntico a su modelo, de vivir cien años. El doctor suspiró, «Ay, sí, Holanda», y le contó que en cierta ocasión le habían robado el coche en Ámsterdam, que era ginecólogo, que cada año se instalaba dos semanas en Alpenhof y que luego se sentía como si hubiera resucitado. A Erik le recomendó que cortara el panecillo seco que tenía delante, al parecer bastante duro, en rebanadas finas, lo cual no fue tarea sencilla, pues el panecillo se desintegró nada más hincarle el cuchillo. El líquido amarillento resultó ser aceite de linaza con el que había que rociar el panecillo, pues ese tipo de aceite bajaba el colesterol. «Café y té, lo que se dice té auténtico, *gab es nicht*, de eso nada de nada», continuó el ginecólogo. Aquí no te servían sino melisa y romero y otras pócimas medicinales, que, para colmo, no te dejaban tomar hasta veinte minutos después del desayuno. Y *pass auf!* ¡Atención! Hay que masticar cada bocado veinte veces. Erik miró a su alrededor. La mujer de la mesa contigua estaba sentada en una postura tal que parecía haber asistido a clases de ballet desde que nació. Miraba fijamente delante de sí y daba la impresión de que en cualquier momento iba a ponerse a cantar en voz alta.

—¡Buenos días, Herr Sontag! ¿Ha dormido usted bien? ¿Y qué le apetece a usted

tomar con su panecillo?

Erik enseguida se perdió.

–Puede usted elegir entre yogur de oveja y un poquito de requesón de cabra con cebollino –acudió en su ayuda Herr Krüger.

Al cabo de un instante le trajeron un platito con yogur de oveja. Krüger le explicó que le estaban sometiendo a una dieta ligera, *Ableitungsdiaät*.

–¡Comemos todos en exceso! ¡Eche un vistazo a su alrededor! Fíjese en el vientre de la gente, eso lo dice todo.

Y al decir eso, el ginecólogo fijó la vista por encima del borde de la mesa en el vientre de Erik. A juzgar por su reacción, el de Erik no era de los peores.

–¡Sí, señor! La gente suele mirarse al espejo de frente para no verse la barriga, pero si uno se gira un poco y se mira de perfil, descubre de todo: la panza fofa, la barriga prominente, el vientre que empieza en las costillas inferiores. Un asco, vamos. Eche usted un vistazo en la sauna o en la piscina y lo comprobará usted mismo. Por eso es tan buena esta dieta. ¡Nada de verduras crudas! ¡Nada de legumbres! ¡Nada de col, cebolla o ajo! Nada de *Schweinefett*, grasa de cerdo, ni salchichas, por supuesto, ni aceite refinado. Sólo se aceptan cereales que sean fáciles de digerir y productos lácteos. Que sea fácil de digerir, eso es fundamental, la base de todo, y ese principio se aplica aquí sin piedad (*gnadenlos!*) a todos los alimentos. ¡No hay que ver al ser humano como un animal, sino como una planta! ¡Una planta con un sistema radicular! ¡De la misma manera en que las ramificaciones de las raíces absorben las sustancias nutritivas de la tierra, así las vellosidades intestinales absorben los nutrientes de la papilla elaborada por el aparato digestivo y los transmiten a la sangre en las células del organismo! Y ahora tengo que irme a mi tratamiento hidroterápico.

El hombre se despidió con una pequeña reverencia y desapareció. Erik estaba desconcertado. Jamás se había parado a pensar en sus intestinos e ignoraba por completo el funcionamiento de su propio cuerpo, tanto como el de su Volvo o el de su ordenador. La sangre era algo que a uno le venía dado, que con suerte permanecía dentro de uno, el corazón se encargaba de hacerla circular, cosa que en su caso llevaba haciendo ya casi cincuenta años, si bien no sabía exactamente cómo. «Tú eres todavía de los del cuerpo cerrado, anterior a Vesalio», le dijo en cierta ocasión su médico de cabecera, la primera vez que le recetó pastillas contra la hipertensión y el colesterol.

–Pero si yo no noto nada.

–No notas nada, pero el problema existe. Por eso se llama el *silent killer*. La combinación de hipertensión y colesterol te sitúa en zona de peligro. Te recomiendo que sigas mis consejos.

Renate se presentó ante su mesa.

–¿Sabe usted que le esperan abajo? Primero debe ir a ver a Sibille para la toma de

tensión y la extracción de sangre, y luego tomará usted un baño de heno.

Erik bajó las escaleras de pizarra y fue a parar a una habitación pequeña donde otros pacientes esperaban su turno. En frente había una salita, blanca como la nieve del exterior, donde un par de mujeres jóvenes, vestidas también de blanco, estaban sentadas ante una mesa de despacho blanca. Erik oyó hablar alemán y ruso, además de esas curiosas variantes del alemán que, según sentía él, se habían ido formando en las cimas de las montañas y en los valles ocultos: el alemán suizo, el austriaco. Esta última lengua le traía a la mente carne secada al aire y curiosas clases de quesos. No le resultaba desagradable.

—¿Herr Sontag?

Otra figura blanca. Sibille. La mujer tenía un ojo estrábico y se movía con extrema ligereza, como si careciera de peso. Erik estaba seguro de que le estaba estrechando la mano, pero no sintió nada. Tampoco sintió nada cuando le pinchó para extraerle sangre. Sibille era una maestra con la aguja. Erik fijó la mirada en el líquido rojo que penetraba por el cilindro de la jeringuilla e intentó pensar en algo, pero no lo consiguió. Recordó lo que le había dicho Arnold: «Ya verás, al cabo de un par de días te entregarás a ellos en cuerpo y alma. Es como si te volvieras cera en sus manos». Y llevaba razón. La criatura estrábica se puso a flotar delante de él como si estuvieran viajando juntos en la nave Soyuz, recorrió una cortina, le ordenó *ganz entkleiden*, que se desnudara por completo, le mostró un trozo grande de plástico, extendió éste encima de la cama y le invitó a tenderse sobre él. Erik intentó encontrar el ojo bueno de la mujer para averiguar lo que iba a suceder a continuación, pero ella ya había pulsado un botón y un instante después Erik se encontró en el interior de un útero. Un líquido amniótico con fuerte olor a heno se agitó enérgicamente durante unos segundos y acto seguido se detuvo en seco. La mariposa Sibille se marchó, no sin antes decirle, en su dialecto de montaña, cuándo regresaría a buscarle, mas él ya se había sumergido en una profunda placidez y pensó que de momento no deseaba nacer.

—Te gustaría quedarte aquí dentro, ¿eh? —dijo Sibille, la comadrona, cuando lo despertó de un sueño de granjas, vaquitas y pajares. Le entregó una toalla y lo precedió hacia una sala más amplia donde una señora mayor caminaba, levantando las piernas todo lo posible, por un pequeño estanque con el fondo lleno de grandes guijarros. «Debe usted dar zancadas de garza, como hace esa señora», le había recomendado Sibille. «Primero introduzca los pies en la cuba de madera con agua caliente, y luego a pisar fuerte. Eso es bueno para la *Kreislauf*, para la circulación.» No bien acababa Erik de nacer y ya se desató la pesadilla. El agua llegaba al Alpenhof directamente procedente de las Spitsbergen. Las piedras le lastimaban los pies. Agarrado con las dos manos al dobladillo de su albornoz, intentó imitar las zancadas de una cigüeña e imaginó la cara que pondrían sus colegas de la redacción si le vieran en semejante trance. En un cartel colgado de la pared leyó un

enigmático texto que venía a decir algo así como que uno era quien era donde era quien era, al tiempo que oía una conversación acerca del *Spätsommer*, el verano tardío, considerado como la quinta estación del año por la medicina tradicional china, la estación de la tierra.

–En el elemento fuego –arguyó la voz mientras él volvía a introducir los pies en el agua– la humanidad alcanzó la madurez del yo, pero durante el verano tardío intervino el elemento tierra, y de la seguridad del yo se pasó a la inseguridad del tú. Ello requería valor, el valor de establecer conexiones, de crecer hacia la tierra. Vínculo, conjunción, la estructura de nuestro cuerpo que une el todo con el todo...

Erik perdió el hilo. Todavía alcanzó a oír vagamente las palabras «pancreas» y «bazo», se preguntó si él también tenía esos órganos, dio una vuelta más por el agua helada y a continuación se refugió en su habitación, llamada Brezo. Mientras se dirigía hacia ahí pasó por delante de Ortiga, Acanto, Aguileña, y luego por delante de una sala donde unos esclavos estaban accionando unas máquinas de tortura. Una mujer joven avanzaba sobre un neumático de goma que rodaba eternamente por un pasillo de Sísifo; el hombre ruso que había visto en la sala de espera intentaba levantar, sentado en el suelo, unas enormes pesas colgadas de unas poleas; otra de las víctimas se dedicaba a desafiar la fuerza de la gravedad, con la cara coloradísima, intentando incorporarse atado por las caderas con una cuerda. «Trabajos sin producto todos ellos», pensó Erik. Más adelante pensó que nunca en su vida había poseído tanto cuerpo, pues en el sanatorio no hacían sino recordarle la existencia del mismo a cada hora del día. Lo embadurnaban con aceite, le aplicaban masajes, lo frotaban con sal, lo metían en un baño de heno y barro; cada mañana le servían el mismo panecillo y al mediodía le ponían delante una especie de composición minimalista, tal vez una obra de arte para un pintor o escultor, pero poca cosa para él, porque la consumía tras el primer kilómetro de cuesta de su excursión por la montaña. En la cena le permitían elegir entre ese mismo panecillo o una patata, un gran tubérculo solitario, de forma alargada para dar el pego, el cual soñaba en el centro del plato con una deliciosa chuleta de cerdo que nunca llegaba. Para compensar, podía alinear la patata con unas frías gotas de aceite de linaza, que le recordaban el aceite de hígado de bacalao que le obligaban a tomar de niño. A veces añadían a la patata dos cucharaditas de mousse de salmón o de pasta de aguacate, compañía ésta para una larga noche sin otra distracción que la toma de unos polvos blancos disueltos en agua. Las mañanas se iniciaban de manera similar con una amarga pócima de bruja que, al cabo de un par de horas, causaba un verdadero cataclismo interno, comparable a los terremotos y las erupciones volcánicas capaces de borrar de la faz de la tierra a poblaciones enteras.

Erik ya no sabía qué pensar de todo ello. Si alguien le hubiera dicho que tendría que pasar el resto de su vida con Herr Dr. Krüger, no le habría extrañado. La literatura neerlandesa, el periódico, Ania, la guerra que estaba a punto de estallar...

todo había quedado relegado a las profundidades de su conciencia. Dormía como un tronco y, para su asombro, se percató de que ya no tenía apetencias sexuales ni necesidad de beber. A diario esperaba con genuina ilusión los masajes de Sibille y el caldo de verduras para el que todo el mundo hacía cola a las once menos cuarto de la mañana. Un día tuvo el valor de confesarle a Sibille que no había conocido jamás a una mujer con los dedos tan fuertes y que le recordaba a un hada (aunque eso no tuvo el valor de decirlo) cuyo peso no podía ser registrado por una báscula terrenal, y ella le contestó que eso se debía a que practicaba el montañismo. Después de eso, Erik tuvo unas visiones en las que veía los diez dedos de Sibille aferrados a una roca sobre un precipicio.

## 6

Dejamos ahora a Erik solo en su universo de felices digestiones y nuevas leyes alimentarias, de infusiones herbales y de horario monástico. No volverá a cenar nunca más verduras crudas sin sentirse culpable. En sus entrañas se ha formado un mar de infusiones herbales. Es ya incapaz de imaginarse su existencia sin Herr Dr. Krüger, que le va revelando los secretos de la medicina tradicional china, o sin esas dos encantadoras lesbianas sentadas en la mesa de al lado, o sin el fabricante de salchichas de Liechtenstein en la piscina olímpica, o sin el *aquafitness* o el Qi Gong. La lista de lo que nunca más podrá hacer, comer o beber crece a diario. A veces le embarga la sensación de que en su cuerpo viejo se está gestando un cuerpo nuevo y que se desprenderá del viejo, abandonándolo en el Alpenhof como ropa sucia o enviándolo a la sala de disección de la Facultad de Medicina. Lo que hará con el nuevo aún no lo tiene del todo claro. No volverá a tomar café ni ginebra. Su cuerpo nuevo es un santo con un sistema intestinal diáfano y el corazón e hígado de una monja tibetana veinteañera.

Por las tardes sale a caminar por la montaña, cada día va un poco más lejos, por un sendero que discurre entre altos abetos nevados. Llegado a Patsch y a Heiligwasser, saluda a todos los caminantes con los que se cruza diciéndoles *Grüß Gott* («vaya usted con Dios»). Tal vez, piensa Erik, estar muerto es eso: la ausencia total de vida anterior y la sensación extática que ello produce, al fin liberado. A lo largo del sendero forestal que Erik recorre cada tarde, unas almas sencillas han pintado el vía crucis de Cristo: cada cien metros, aproximadamente, se alza un palo de madera con una pequeña casita encima en la que aparecen representadas las diferentes estaciones del vía crucis, hasta llegar a la apoteósica resurrección. Hasta el quinto día, Erik no posee el aliento suficiente para alcanzar este punto. Los árboles filtran la blanca luz del sol, cuyos rayos rectos y transparentes parecen enfocarlos a él. Sólo falta un marco dorado con el que encuadrar la imagen.

Esto no puede seguir así, es hora de hacerle regresar a la Tierra.

De vuelta a Alpenhof, Erik encuentra en su casilla un aviso de que Sibille ha sufrido un pequeño accidente (*nicht ernsthaftes*, «nada serio») en la escuela de montañismo y que el masaje del día siguiente lo dará otra persona. Deja sin abrir la carta con la impetuosa caligrafía de Ania. En su habitación, Erik ve apagarse las luces del pueblo una a una, oye el toque del ángelus y se dice para sí que no quiere regresar a su reciente pasado. Lo que no sabe es que debajo de ese pasado se oculta otro pasado que durante tres años ha estado al acecho en forma de ángel y que éste se dispone a sumergirle aún más en el tiempo, ahí adonde él no querría regresar jamás.

Esta noche nuestro hombre ha dormido plácidamente, sin soñar (eso al menos cree él), y nos alegramos por él. Hacia el amanecer se desata una tormenta que hace volar la nieve en todas las direcciones. Erik se levanta más tarde que de costumbre, se bebe su *Bitterwasser* –su agua mineral–, se come su *Semmelbrötchen* –su panecillo–, sentado a la mesa, de repente solitaria, y ve a Herr Dr. Krüger fuera peleando con la nieve, como en las expediciones polares de las películas de Amundsen, y luego baja a sentarse en la silla donde Sibille suele recogerle. Lo que sucede entonces no es fácil de enunciar gramaticalmente. Cabría decir que los dos personajes se quitan el aliento el uno al otro, tal vez sea lo que más se le aproxima, pero como a él ya lo conocemos y a ella no nos la esperábamos en este lugar, no avanzamos gran cosa expresándolo así. Se conocen, de eso no cabe la menor duda. Ahora bien, lo que nadie ve son las alas que él dibuja mentalmente detrás de ella, las alas del ángel que nunca ha podido olvidar. Antes de que él haya podido pronunciar palabra, ella se lleva el dedo índice de la mano izquierda a los labios y con la derecha casi le arranca de la silla. Ella pronuncia su nombre sin acento, Herr Zondag, y le invita a seguirla a la sala de masajes, hacia el futuro y el pasado simultáneamente, un movimiento en sentidos contrarios que el cuerpo de Erik experimenta como un calambre. Lo último que vemos es a Erik haciendo una extraña contorsión frente a la lámina con los puntos de acupuntura y los puntos reflejos del pie. Un hombre a punto de levantar una piedra demasiado grande.

Los ángeles no existen, pero sí tienen grados, como los del ejército. De tarde en tarde se posan sobre un fresco; anuncian la buena nueva en los cuadros de Rafael y Giotto; custodian, como guardianes de piedra, las sepulturas de personajes pudientes en Génova y Buenos Aires y acompañan a los condenados a la salida del paraíso con su espada llameante. Poseen nombres, cuerpos y alas; carecen de sexo pero no son mujeres. Son inmortales, razón por la cual no se ha hallado nunca un esqueleto de ángel y, por consiguiente, no se ha podido estudiar tampoco nunca de qué manera las alas, de tamaño superior a un hombre, van sujetas al cuerpo. En suma, los ángeles pertenecen a nuestro mundo y sin embargo no existen. Así y todo, la última vez que Erik vio a esa mujer delgada, más bien menuda, que ahora está frente a él en una sala de masajes austriaca, lucía dos grandes alas plateadas. En su primer encuentro, Erik no pudo verle el rostro, porque ella estaba tendida en un armario de cara a la pared, con las rodillas medio levantadas. Esta vez tampoco se lo pudo ver, pues nada más entrar él en la sala de masajes, ella le ordenó, con ese tono propio de los masajistas del mundo entero, que se tumbara boca abajo. Él obedeció. Notó que se le aceleraba el corazón al tiempo que sentía el temblor de las manos de la mujer, esas manos que tocaron su cuerpo por última vez tres años atrás. Sucedió en Perth, en el suroeste de Australia, a unos dos mil kilómetros de Sydney, al otro extremo del continente. También entonces, como ahora, ella permaneció en silencio. De repente, el tiempo que mediaba entre aquel instante pasado y el instante presente desapareció, como aspirado por una fuerza brutal. Erik sintió un vértigo tan fuerte que tuvo que agarrarse con ambas manos a la camilla de masajes.

–No te agarrotés –le susurró la voz conocida, un poco ronca, tan seductora como entonces, con ese acento que él no supo identificar cuando se conocieron.

Quiso contestarle, pero su postura y la tela que cubría el agujero facial de la camilla le impidieron articular palabra, por lo que su respuesta sonó como una especie de sollozo. Ella posó por un instante la mano sobre su cabeza, lo cual empeoró las cosas. Toda la tristeza que Erik había reprimido en su interior, hasta el punto de convencerse a sí mismo de que ésta había dejado de existir, retornó a él con una fuerza y rabia tales que fue como si le arrancaran la venda de una herida. Quiso incorporarse para mirar a la mujer, pero ella le mantuvo la cabeza presionada contra la camilla como si la mantuviera en posición de agarre.

–Luego –dijo.

«Luego»... y como si fuera una palabra mágica, Erik sintió que se le relajaba el

cuerpo, que el tiempo perdido retornaba, que la locura de la historia que vivieron – y que, a pesar de su locura, tuvo un sentido empezaba a envolverle de nuevo. Hubiera querido preguntarle a la mujer cien cosas a la vez, pero sabía que no era el momento. Él era el único hombre en el mundo que había sido abrazado por un ángel. Volvió a sentir aquellas alas, que ahora la mujer no tenía, estrechando su cuerpo, y mientras ella le practicaba el masaje, mejor dicho, por efecto del masaje, Erik se abandonó a sus recuerdos y se sumergió en el pasado como queriendo refugiarse en él. Puede que, incluso, se quedara dormido.

Era verano cuando Erik llegó a Perth. Jamás había hecho un viaje en avión tan largo. Tardó dieciocho horas en llegar a Sydney y desde ahí aún tuvo que cruzar todo el continente australiano en el que apenas vivía más gente que en los Países Bajos, a pesar de poseer el tamaño de Estados Unidos. Una tierra solitaria, árida, de color arenoso, así la vio él; un desierto abrasado por el sol, donde los aborígenes llevaban su misteriosa existencia desde tiempos inmemorables. El resto de la población se concentraba en la periferia: vinicultores y criadores de ovejas. Erik viajó a Perth porque había sido invitado a participar en un festival literario. Además de poetas y escritores, en Perth se habían dado cita traductores, editores y críticos, es decir, todo esa capa de gente, la mayoría de las veces parasitaria o secundaria, que envuelve el solitario núcleo del libro o del poema y que guarda con éste una relación de interdependencia, unas veces fructífera y otras veces aborrecible. A Erik le caían mal la mayoría de escritores y más aún cuando admiraba su obra. Era mejor no conocerlos personalmente. Los escritores debieran ser de papel y no abandonar la tapa del libro. Los olores corporales, los peinados desafortunados, el calzado de mal gusto, la compañía femenina no adecuada, el comadreo, los celos recíprocos o la golfería, la coquetería y la jactancia, todo ello no hacía sino desviar la atención de lo que realmente interesaba. El festival literario se celebró en unas grandes carpas. Era marzo, ya pleno verano en Perth, y la temperatura alcanzó los cuarenta grados. A Erik le tocó compartir panel con un poeta tasmano, un redactor jefe de la sección de arte del *Neue Zürcher Zeitung*, un novelista de Queensland y un editor de Sydney. Sus discursos flotaron sobre las cabezas de un público mayoritariamente femenino y de mediana edad. Erik cayó en la cuenta de que la mayoría de sus puntos de referencia no valían en aquel contexto. Las diferencias ideológicas que separaban a los dos grandes periódicos neerlandeses se desvanecían ya en Dunkerque y Dusseldorf, y a partir de este punto casi todo lo que constituía motivo de acaloradas discusiones entre los iniciados de la lejana patria adquiría el aire de una lucha tribal en Suazilandia, algo imposible de explicar, o de una disputa teológica medieval. Al término del coloquio, el novelista y el poeta firmaron sus libros frente a la carpa. Dado que los editores y críticos suelen tener poca cosa que firmar, Erik se fue con el redactor de arte, el editor y un escritor danés, que se encontraba entre el público, a sentarse en el césped con una botella de vino y cuatro vasos. No tardó en sentir que había quedado fuera de la conversación. El redactor de arte y el editor se habían enfrascado en un diálogo acerca de tiradas de libros, listas de pedidos, publicidad y

la relación que había entre todo ello. De una de las carpas les llegó la voz exaltada de un poeta indonesio que recitaba sus versos con largos tonos sostenidos. La noche caía con indolencia sobre los grandes árboles tropicales y Erik se preguntó si alguna vez volvería a tener ganas de regresar a casa. Tras su fracaso matrimonial, había vivido un tiempo solo. Fue un periodo de amores fugaces, de amistades de barra de bar y de intentos de escribir poesía. Los poemas solía arrojarlos a la papelera, y con razón. Más adelante conoció a Ania; demasiado pronto, pensaba ahora. En la república de las letras, Erik adquirió cierto renombre por haber herido de muerte a algunas grandes reputaciones. Por esta razón, el periódico para el que todavía trabajaba le ofreció un contrato de colaboración fija. Él era el tipo de persona que necesitaban, alguien que «animara el cotarro, que se hiciera eco de los chismes de la calle». Lo cierto es que había un exceso de patos y de cisnes en el estanque; de vez en cuando, era necesario liquidar a uno de un tiro. La literatura se había convertido en una carrera. Cualquiera hijo de vecino que hubiera estudiado, con creciente desgana, la carrera de filología neerlandesa se creía llamado a escribir una novela. Los debuts literarios se sucedían a una velocidad cada vez mayor, y la función de Erik consistía en actuar como un miembro de la brigada de limpieza, una labor desagradable pero necesaria. Las ocasiones en que podía mostrar un sincero entusiasmo por una obra se habían tornado extremadamente excepcionales. A menudo sentía como si toda esa mediocridad reinante se le estuviera acumulando bajo las uñas y el cabello. Además, con el paso del tiempo fue perdiendo la ilusión por el trabajo. Los libros que le interesaba reseñar solían ir a parar a manos de un crítico de aspecto catolicón que hacía gala de un estilo cartón piedra, un personaje que tendría que haber sido profesor de instituto en una ciudad de provincias como Baarn. El individuo en cuestión mostraba preferencia por autores como Jünger y Bataille, pero Erik no se había topado jamás con una sola palabra original escrita por él acerca de tales escritores y pensadores. Sus comentarios siempre le olían a algo ya leído. La única razón por la que la redacción le había ofrecido trabajo a ese individuo, comprándolo al periódico de Ania, para el que trabajaba anteriormente, fue por escribir acerca de las grandes figuras de la literatura. Sus prolijas reseñas de estilo acartonado no las leía ni Dios, pero, ya se sabe, un periódico que se precie necesita su filósofo de andar por casa. Para colmo de males, por alguna misteriosa razón, sus críticas siempre eran desacertadas. Desplegaba un daltonismo intelectual y una falta de instinto e intuición que nadie parecía percibir. Cuando el primer escritor de los llamados Los Tres Grandes, que además de ser el primero era el mejor, emprendió su viaje hacia las obras póstumas, el crítico en cuestión se apresuró a proclamar un nuevo triunvirato en la literatura, y es que, claro está, un católico es incapaz de prescindir de líderes espirituales. A juzgar por la conversación que estaban manteniendo a su lado, Erik supuso que las cosas no eran muy distintas en Australia, con la diferencia de que en ese país los escritores tenían

la suerte de vivir a una considerable distancia los unos de los otros, lo cual frenaba de alguna manera la proliferación de los celos, la endogamia y el comadreo. «Ojalá pudiera vivir en una casa solitaria en las rocas de una costa nórdica», se dijo Erik, «donde un mensajero alado me trajera una vez a la semana un libro en el que perderme. Seguro que en un lugar como ése no me encontraría ningún artículo en el que un tipo con nombre francés descafeinado se dedicara a ridiculizar a una poetisa sólo porque había osado emplear en un poema la difícil palabra “retórica”». *Base born products of base beds*, así calificó Yeats a los nuevos habitantes del Neandertal. Pero Ania no le permitía enfadarse por esas cosas.

–No comprendes que existe una nueva generación de escritores –le dijo en cierta ocasión–. A ellos lo que les atrae es la velocidad y les importa un pimiento todos esos vejesterios de los que tú te ocupas. Hoy en día lo que interesa son las historias, la locura, el humor, y no las especulaciones de altos vuelos, la jactancia filosófica o la exhibición intelectual.

Pero ya era demasiado tarde para aprender noruego o emigrar a Australia. Erik seguiría trabajando en la redacción de ese periódico hasta el fin de sus días, a no ser que le echaran antes de tiempo por no congeniar con el espíritu de la época o porque el periódico fuera vendido a otra empresa, posibilidad ésta nada descartable.

Todavía sumido en sus pensamientos, Erik escuchó a alguien a su lado pronunciar con acento alemán la palabra «ángel»: *zitty full of zies eendzjels, zey are everywhere!* [¡La ciudad está llena de ángeles, están en todas partes!]

–Yes, I have seen them –dijo el editor–. *It was a fabulous idea. I did the tour yesterday!*

Recordó entonces que había leído algo sobre eso y que no le había prestado atención. Supuso que era una tontería. A juzgar por el entusiasmo que mostraba el editor, se había equivocado. Los ángeles tenían algo que ver con un festival de teatro y ballet que se celebraba paralelamente al festival literario. En *The Australian*, comentó Erik, había visto una foto de un ángel de tamaño natural, con una espada en la mano, sobre el tejado de unos grandes almacenes o quizás de un aparcamiento y se había preguntado si se trataba de una persona real o de una estatua, como la que había sobre el tejado de una compañía de seguros al principio del Singel, el canal próximo a su casa.

–No –dijo el poeta–. Ese ángel era real. Lo sé porque lo vi moverse. Tardé en descubrirlo. Estuve observándolo con mis prismáticos y me pareció que era una mujer. Toma, quédate con esto. Yo ya he hecho el recorrido. Te llevará un par de horas, tenlo en cuenta.

El poeta buscó en el interior de su bolsa, en la que guardaba los poemas que acababa de recitar, y a continuación le tendió a Erik una carpeta alargada con las hojas de plástico sujetas a una anilla metálica, lo que permitía hacerlas girar. El

documento contenía toda suerte de indicaciones para la realización de una expedición laberíntica por Perth, ilustrada con fotografías de edificios y señales. El texto iba encabezado por una cita de Rilke: *Engel (sagt man) wüsten oft nicht, ob sie unter Lebenden gehn oder Toten.* [Los ángeles –se dice– no saben a menudo si andan entre los vivos o los muertos.] La siguiente cita procedía de *El paraíso perdido* y comenzaba así:

*In either hand the hast'ning Angel caught Our ling'ring Parents...*

[Entonces el Ángel diligente / De la mano cogió a nuestros padres...]

Adán y Eva. Erik nunca había pensado en ellos como padres, tal vez porque se los había imaginado siempre desnudos, con una hoja de parra tapando sus vergüenzas. ¿Y los ángeles? ¿Cuándo había pensado por última vez en los ángeles? ¿O es que nunca había pensado en ellos porque siempre habían estado presentes en su vida? Le habían acompañado desde su más tierna infancia, en misales, en vidrieras... Era imposible esquivarlos para quien hubiera sido criado en el catolicismo. Es más, hasta Lucifer era un ángel caído. Con suerte gozaba uno de la protección de un ángel de la guarda que le preservaba de todos los males. Existían ángeles de todas las clases, también eso te lo enseñaban: serafines y querubines, tronos y potestades. Por alguna razón misteriosa, los ángeles no envejecían (un ángel de cincuenta años era inconcebible), tenían mechones más que cabello, no usaban calzado ni gafas, naturalmente. Siempre llega el instante en que algo en apariencia normal se torna misterioso. Y mientras Erik se preguntaba qué aspecto tendría un ángel en pleno vuelo y cuánto aire desplazaría con las alas –misterios relacionados tanto con la religión como con la aerodinámica–, resolvió acudir a la oficina del festival e inscribirse para participar en la búsqueda, pues de eso se trataba, según acababa de comprender. Los ángeles se hallaban ocultos por toda la ciudad y el objetivo del juego era encontrar el mayor número posible de ellos. Las reglas del juego obligaban a los participantes a presentarse a solas a una hora convenida y dejarse acompañar hasta el punto de salida por una persona a quien no se le podía preguntar nada.

Perth está en el sudoeste de Australia. La ciudad más próxima se encuentra a unos dos mil kilómetros en línea recta hacia el este y se llama Adelaide. Para llegar a esa ciudad, si uno no quiere volar, hay que bordear el mar o atravesar un desierto abrasador. Melbourne, Brisbane y Sydney están a todo un continente de distancia, lo que le confiere a Perth una situación literalmente excepcional. Es la capital de Australia occidental, aunque al mismo tiempo, en cierto sentido, no forma parte de ella; tiene una ubicación agradable a orillas del Swan, en un sensual recodo que el río traza justo antes de desembocar en el mar; ha realizado intentos, no muy afortunados, de parecerse a una gran ciudad con la construcción de algunos rascacielos; es un poco inglesa y un poco tropical, posee amplios parques verdes, suburbios con casas bajas y jardines llenos de flores. El ambiente en Perth es agradable y hace un calor que modera el ritmo. En definitiva, pensó Erik, no era esa ciudad precisamente el lugar en que uno esperaría encontrarse con ángeles en los primeros años del nuevo milenio, aunque tampoco había razón para no salir en su búsqueda. Con suerte, todo este episodio le proporcionaría una buena historia para el periódico. Había sido citado a las 14.40 en la décima planta del aparcamiento Wilson en Hay Street. A decir verdad, los aparcamientos no eran su obra arquitectónica favorita. Era ya casi abril, todavía pleno verano, apretaba el calor, y él se encontraba sobre el tejado del aparcamiento, con Perth extendiéndose a sus pies en todas las direcciones; el río Swan, cuyas aguas reflejaban el brillo del sol, se perdía en la infinitud del océano Índico. Desde ahí los comerciantes de las flotas mercantes holandesas lanzaron en su día la primera mirada extranjera sobre el continente australiano y enseguida lo dieron por visto, porque no había nada que buscar en esa tierra. No había oro ni nuez moscada ni el tipo de indígenas que ellos habían imaginado, únicamente animales extraños que en lugar de caminar de un modo normal se desplazaban a saltos.

En la décima planta Erik se encontró con un joven que, al parecer, había estado esperándolo.

—¿Mr. Sundag?

—Yes?

—*This is your booklet with the route to follow. This man here will bring you by car to your real starting point, Barrack's Arch. You will need three hours for the whole thing, and in the end you'll come back here.* [Aquí tiene usted el folleto con la ruta que ha de seguir. Ese hombre le acompañará en coche hasta el punto de

partida, Barrack's Arch. El recorrido entero le llevará tres horas, y al final volverá usted aquí.]

Erik iba sentado en silencio al lado de ese nuevo desconocido que le condujo en coche a un edificio de ladrillo, donde un hombre, también en silencio, le estaba esperando. Éste le abrió la puerta, le hizo pasar y lo dejó solo. Erik penetró en una caja de escalera polvorienta. Había basura acumulada en un rellano: hojas secas de eucalipto arrastradas hasta ahí por el viento, periódicos viejos. Los escalones habían sido pintados de color ladrillo. Silencio. Un espacio vacío, un saco de dormir abierto, un par de fotografías sobre un alféizar. ¿Tenía eso algún significado? ¿Estaba siguiendo una pista? Un plano borroso, imposible de interpretar. Fotografías aéreas. Telarañas. Fuera el rumor de la autopista. Seis carriles, ¿de dónde salían tantos coches? Tan grande no es Perth. Erik oía sus propios pasos. Ningún ángel a la vista. Puede que se le hubiera escapado alguna señal que tendría que haber visto. A lo mejor todo ese montaje no era sino una broma tonta. No acababa de sentirse bien y estaba cansado, como si su cuerpo no se hubiera recuperado todavía del largo viaje en avión. ¿Por qué se le habría ocurrido apuntarse a este juego absurdo? Según el libro de instrucciones, al llegar a Barrack's Arch debía torcer a la izquierda y a continuación bajar la colina hasta el número 240 de St. George's Terrace, como un peatón cualquiera. «Nadie nota nada raro en mí», pensó. «Yo voy buscando ángeles y nadie lo sabe, y si lo contara, la gente pensaría que estoy loco.» Esta última idea le hizo gracia. De repente empezó a ver cosas en las que uno habitualmente no repara. De hecho, cualquier objeto podía ser una pista, una clave, una indicación. Entró en una habitación vacía con unas cuantas inscripciones garabateadas: *Anne in which corner are you? Etiam ne nescis?* De nuevo un montón de hojas viejas, radios de una rueda sin rueda, un pórtico, una puerta metálica cerrada, y luego, de improviso, colgando de una verja, un par de estrofas de *El paraíso perdido*. Adán y Eva, recién expulsados del paraíso por el matón celestial alado, vuelven la vista atrás por última vez:

*In either hand the hast'ning Angel caught  
Our ling'ring Parents, and to th'eastern gate  
led them direct, and down the cliff as past  
to the subjected Plain; then disappeared...*

[Entonces el Ángel diligente / De la mano cogió a nuestros padres / Que lentos caminaban, y llevólos / Directamente a la puerta oriental, / Y risco abajo con toda presteza / Hasta el llano que a su pie yacía, / Y desapareció.]

Y así era; frente a él se extendía un trozo de tierra de nadie. Un viejo frigorífico oxidado, ramas muertas, arena, malas hierbas, una pared de hormigón pelada. A sus espaldas, el panorama no era mucho mejor: un hueco donde alguna vez hubo

un ascensor, unos cables de electricidad muertos que no conducían a ninguna parte, energía perdida en la nada... Ningún ángel. El paraíso se había perdido definitivamente en este lugar. Si la intención había sido crear una imagen de infinita desolación, lo habían conseguido. Una retahíla de recuerdos le vino a la memoria: el pecado original, los confesionarios con su característico olor a moho, el humo de puro saliendo de unas bocas apenas visibles en la penumbra que hablaban de pecado y penitencia.

No, no eran recuerdos agradables. De pronto tuvo la sensación de que alguien lo espiaba. Recorrió las paredes con la mirada en busca de una cámara de video oculta, pero no vio nada. Era el momento de tomar una decisión: renunciar al juego o continuar. Prosiga hasta Paragon Foyer, tome el ascensor hasta la planta 5, suba las escaleras hasta la planta 6. Arriba se encuentra una oficina vacía que ocupa toda una planta, el suelo lleno de polvo, una hilera de armarios metálicos. Erik contó veintinueve. Por lo demás, nada, salvo dos jaulas con dos pájaros en cada una de ellas. De las jaulas colgaba una etiqueta medio rota en la que no ponía nada. Los pájaros y Erik Zondag se miraron como suelen mirarse los hombres y los animales: con esa mirada vacía que refleja una distancia insalvable. Erik abandonó la oficina por una habitación que originariamente debió de ser la cocina. Subió las escaleras metálicas, sus pasos sonaban huecos, y entró en otra habitación vacía, esta vez sin armarios pero con un enorme recipiente metálico lleno de libros en cuyos títulos aparecían Dios y los santos, una reminiscencia de la vida anglicana de otros tiempos. Más allá había otro recipiente, éste lleno de plumas blancas, de plumón; por algún lado tenían que empezar a asomar los ángeles... era como si alguien hubiera sacudido una funda de almohada rellena de *putti*.

Erik quiere salir corriendo, pero en ese instante le deslizan una nota en la mano: *En route to Bank West. Please call in at the Hay Street Shop, between Croissant Express and Educina Café.* Sigue las indicaciones. Comprende que debe de encontrarse cerca del hotel, aunque todo tiene otro aspecto. Él no es un transeúnte cualquiera, tiene una misión. Se ve a sí mismo caminando en una pantalla, una sensación desagradable. El árbol del Bien y del Mal ha sido despojado de sus frutos. Sobre la acera hay una caja con manzanas. *Take an apple.*

En el interior del edificio del Bank West hace frío, ese frío súbito propio del aire acondicionado en el trópico. Una chica vestida de azul se pone en pie y se lleva a Erik, casi de la mano. Llegan al ascensor y ella pulsa el 46. Los hombres de camisa blanca que van entrando en el ascensor no participan en el juego, y sin embargo, cuando Erik llega arriba, se encuentra a un hombre de idéntico aspecto sentado en una mesa de despacho. Éste se pone de pie, le abre una puerta y la cierra a sus espaldas. Erik se encuentra solo en una habitación. Oye el ruido de un fax escupiendo papeles, una infinita guirnalda de hojas blancas. Cuando recoge del suelo uno de esos velos, Erik se topa de nuevo con cientos de versos de *El paraíso*

*perdido*. Sobre una mesa hay carpetas con proyectos. El texto en el ordenador muda de color y dice: ... *if you will come I will put out fresh pillows for you, this room and this springtime contain only you* [Si vienes, te pondré almohadas limpias, esta habitación y esta primavera te contienen sólo a ti], y luego pasa a hablar de la jerarquía del Reino de los Ángeles, Arcángeles, Potencias, Virtudes. *Come soon, Death is demanding: we have much to atone for, before little by little we begin to taste eternity. In a bed of roses the Seraphim slumber...* [Ven pronto, la Muerte te requiere: tenemos mucho que reparar, antes de que empecemos a saborear lentamente la eternidad. En una cama de rosas el Serafín duerme apaciblemente...] Y, sin saborear todavía la eternidad, él se encuentra delante de la ventana y contempla la infinita recua de automóviles en la autopista. Al salir de la habitación se topa con el escritor danés. Este encuentro seguro que no estaba previsto. Cruzan una mirada de culpabilidad y se llevan al unísono un dedo a los labios. Una chica enfundada en un vestido gris ajustado. ¿Será un ángel? La chica evita su mirada y se mueve por la habitación como si el espacio le perteneciera, mira hacia las montañas y el mar, que se extiende a lo lejos, agita ligeramente la botella de plástico que sujeta en las manos... y él vuelve a ser consciente del absurdo de la situación en que se encuentra. ¿Cómo justificarse? ¿Qué hace él en esta oficina vacía llena de jardineras con primulas? ¿Acaso está realizando una inspección de inmuebles desocupados? Sea como fuere, se ha metido en este lío él solo y no piensa dar marcha atrás. Entonces, de repente, su esfuerzo se ve por fin recompensado: en la iglesia, pequeña y humilde, por delante de la cual pasa a diario, Erik descubre en el coro a los primeros dos ángeles, a cierta distancia el uno del otro. No cabe la menor duda, son hombres de verdad pero con alas. Bajo la tenue luz de las vidrieras, Erik se queda mirando fijamente a los ángeles y los ángeles lo miran a él. Nadie dice nada. Los ángeles acomodan sus alas, como suelen hacer los gorriones o los cisnes. Transcurrido un rato, Erik vuelve a salir a la calle y enfila un callejón que desemboca en un patio interior donde hay unos enormes contenedores de basura. Ahí descubre a su tercer ángel, un hombre de pelo corto escondido detrás de una verja de alambre trenzado, un prisionero celestial en un lugar sórdido repleto de cajas de cartón. Erik quiere acercarse a él pero descubre al poeta tasmano, que al parecer está realizando el recorrido por segunda vez, observando al ángel desde el otro lado de la jaula con una mirada libidinosa, como si quisiera arrancarle una promesa. En el instante en que el poeta se marcha, Erik ve cómo el ángel mitiga la intensidad de su mirada. Erik se aproxima al ángel, que está en cuclillas, y entre ellos se produce de nuevo un silencioso *vis à vis*, como el que ha tenido con los pájaros, pero más extraño aún. A partir de ese momento, los ángeles se suceden rápidamente. Erik va siguiendo los invisibles alambres que le han tendido. Entra y sale de edificios. Ve a un ángel paralítico en una silla de ruedas cuyo respaldo cubre con las alas; un poco más allá, a punto está de tropezar con un

hombre tendido en el suelo, los pies descalzos cruzados, desamparados, las alas blancas extendidas sobre una moqueta de un color gris sucio; dos mujeres morenas sentadas sobre el alféizar de una ventana le sonríen en silencio. Erik recibe constantemente signos, señales, textos, *I am deeply sorry for any pain you may be feeling, please call.* [Lamento mucho el dolor que puedas sentir; por favor, llama.] ¿Llamar a quién? ¿Adónde? El mensaje tiene tan poco sentido como los demás objetos de la habitación: un cajón lleno de plumas, un ejemplar amarillento del *West Australian*, la partitura de *El Rosario* de Ethelbert Nevin, un tejado cubierto de sal blanca. Toda esa sucesión cada vez más apremiante de absurdidades, se dijo Erik más adelante, le habían conducido inexorablemente a aquella pequeña habitación donde la mujer que ahora le estaba practicando un masaje yacía en el armario con su rostro invisible vuelto a la pared. Aquel instante, y de ello fue consciente ya entonces, se le quedaría grabado en la memoria para siempre. Una escalera despintada que parecía no conducir a ninguna parte, después toda una planta vacía y sucia, y a continuación aquella habitación de ventanas también sucias por las que apenas se vislumbraba la silueta gris de los rascacielos, y, dentro del armario, el ángel, con el cuerpo enroscado medio oculto tras las alas grises. Erik creyó por un instante que era un muchacho o un niño. Se quedó mirando las alas hechas de plumas auténticas. Eran tan perfectas que impresionaban. Aquella criatura podía echarse a volar en cualquier momento. Erik se fijó en su cabello negro, en su piel canela. Oyó su respiración. Ella no se movió, aunque era obvio que sabía que había alguien en la habitación.

La mujer le da una palmadita en los hombros y le pide que se dé la vuelta. Durante medio segundo más él sigue en otro lugar, en otro tiempo, en aquella habitación de hace tres años. Erik se da la vuelta. Todavía no quiere ver a la mujer, tal vez porque entonces tampoco la vio.

–Cuéntame ahora lo que sucedió –le ruega él.

–Sabes lo que sucedió.

–Es posible, pero cuéntamelo.

–No fuiste la única persona que se detuvo a mirarme un buen rato. A nosotros, los ángeles, nos habían entrenado para aquel juego, era nuestro papel. Todo un reto, la verdad, también para nosotros. No nos permitían mirar a nadie ni hablar con nadie, no podíamos ceder. Pero contigo fue diferente. Transmitías una intensidad muy fuerte, tu mirada era un láser. Y te oí respirar. Tosiste, una sola vez. Reconocí ese sonido al día siguiente, cuando regresaste. Fue entonces cuando me tocaste.

–Cuando te diste la vuelta.

–Sí, pero eso fue más tarde.

Ella sabe que él quiere hacerle una sola pregunta, pero no es el momento todavía. Ella es consciente de todo lo que le ha sucedido en el pasado, su intangibilidad, todo lo que él no conoce. Ella estuvo a punto de dejarse seducir por él. Nunca le contaría por qué, porque tuvo que ver con la compasión, con lo que había vivido las semanas anteriores. Él no podía saber quién era ella y eso era bueno. Ella tampoco conocía la historia de él y eso también era bueno. Y así tenía que seguir siendo.

¿Y él? Un hombre en una habitación de Australia contemplando a un ángel tendido en el suelo. Los ángeles son criaturas míticas, pero en el siglo xx los ángeles se asocian a lo *kitsch*, a la ironía o sencillamente al espectáculo. Y, sin embargo, aquel pequeño cuerpo enroscado, aquellos pies descalzos, aquella criatura tan femenina (porque era una mujer, estaba seguro de ello, a pesar de su aspecto de muchacho) le infundieron miedo, emoción, deseo. Deseó verla de pie, verla extender las alas que yacían absurdamente en el polvo. Pero no se atrevió a dirigirle la palabra. Permaneció inmóvil frente a ella hasta que oyó subir a alguien por las escaleras. Por la noche no pudo conciliar el sueño. Aquel mismo día había participado en un debate acerca de la función de la crítica, junto con un escritor de las islas Salomón («En nuestra tierra, la crítica literaria es inexistente y en Australia ni siquiera nos ven. Eso tiene una ventaja, que nadie dice nada desagradable de ti, y

un inconveniente, que no existes»). Y luego, además, se emborrachó con el autor danés («Esos ángeles son todos actores, es un juego. Si quieres verlos sin alas, acércate al bar del edificio del festival, ahí se reúnen por la noche»). Y eso fue lo que Erik hizo, pero no vio a nadie que se pareciera ni de lejos a ella. ¿Cómo reconocer a una persona sin rostro? Imaginándotela sin alas, desenroscando su cuerpo, poniéndola derecha. Erik no lo consiguió.

El festival terminaba al día siguiente. Erik anotó el nombre de la calle y el número de la casa y se pasó todo el día como embriagado delante de la puerta –sin atreverse a entrar–, nervioso como un adolescente. Cuando ya estaba a punto de finalizar la jornada, se decidió a volver a subir aquella escalera despintada. Ella seguía ahí, en la misma postura.

«El riesgo y la fantasmagoría de la existencia», de repente le vuelven a la memoria estas palabras que en cierta ocasión se le quedaron grabadas en la memoria. No recuerda su contexto ni quién las escribió, de modo que tampoco recuerda su significado. El silencio que reina en la casa es realmente fantasmagórico. Pero ¿corre algún riesgo? Erik penetra en la casa, oye sus propios pasos tal como ella debe de estar oyéndolos. Se detiene delante del ángel, contempla el cuerpo inmóvil, los pies descalzos, las alas. ¿Qué sucedería si le dijera algo? Una piedra lanzada contra un espejo, un ruido de cristal roto, como un grito, algo terrible, y luego de nuevo el silencio. El silencio en que él está a punto de profanar lo intangible. Erik se sienta, de espaldas a una pared. El tiempo, ingrátido por naturaleza, adquiere gravidez: todo pesa, la tensión, la sensación de haber caído en una emboscada. Erik cree oír unos pasos que se aproximan, pero es una falsa alarma. Entonces toca con la mano el ala de la mujer, un simple roce, más ligero imposible.

*–Please, go away.*

*–I cannot. I want to talk to you.*

Era verdad. No podía irse. Sentía un enorme peso. Todo le pesaba: el cuerpo, las conversaciones que había mantenido aquel día, su huida, la ciudad extraña, las caras nuevas, y, detrás de ello, todo lo demás: su vida, su trabajo, Ania, con quien empezó a salir tras su fracaso matrimonial, su tesis doctoral sobre el escritor Terborgh, que yacía inacabada en un cajón. Le entraron unas ganas infinitas de dormir, de tenderse, como ella, en el suelo de madera sucio, delante del armario. De repente dejó de importarle lo que pudiera suceder. En el peor de los casos, la mujer reaccionaría llamando a un número de teléfono de alarma o se incorporaría a toda velocidad, saltaría por encima de él y bajaría corriendo las escaleras. Siempre le quedaba la opción de seguirla y dejarse arrestar como violador por el primer agente de policía que acudiera en ayuda de ella.

*–Please go away.*

Las tres palabras quedaron suspendidas en el silencio como si quisieran ser

esculpidas. *Please go away*. Un acento latino. Podía ser cualquier lengua románica. ¿Español? ¿Rumano? No, el sonido era demasiado melodioso.

Fuera tocaron las seis. El juego había terminado. Erik esperó, con la respiración contenida, a que la mujer se moviera. Así y todo, ella logró sorprenderle. Más adelante, él se preguntó cómo había logrado ella moverse tan rápidamente con las alas. Fue increíble, algo parecido a una pirueta, un movimiento en espiral mediante el cual el cuerpo tendido delante de él se dio la vuelta, se incorporó y adoptó una especie de postura de loto con las alas casi cruzadas a la espalda. Y en aquel mismo instante él supo que había valido la pena, que no le hubiera importado esperar días y días para ver ese rostro, un rostro que, sin embargo, no lograría describir jamás: sereno a la vez que afligido, abierto y cerrado, descarado y retraído. Un rostro cargado de promesas, y, sí, ahora que lo veía de nuevo lo tenía claro, un rostro como una emboscada. Los ojos pardos, la boca entreabierta, expectante, socarrona.

La mujer posó una mano entre los omóplatos de Erik y la retiró un instante después. Él percibió un movimiento giratorio de la mano, como si le estuviera arrancando algo del cuerpo –dolor, fatiga, tristeza–, algo que ahora ella lanzaba al aire, con ese gesto con el que los masajistas indican que el masaje ha terminado. Erik quiso incorporarse pero ella le detuvo.

–Despacio, no tengas prisa. Te he practicado un masaje profundo. Creo que te has dormido en varias ocasiones.

–¿Cuánto tiempo ha durado el masaje?

–Más de una hora. Como no tenía a nadie más después de ti, me he permitido entretenerme contigo.

–Durante este tiempo he recorrido tres años. Tres años exactos, desde la última vez que nos vimos, si no te importa que te lo recuerde.

–No necesito que me lo recuerdes. Y ahora, naturalmente, preguntarás por qué.

–¿Por qué qué?

– Por qué desaparecí.

– Sí, por qué no tuve noticias tuyas.

–Porque era imposible.

–Entonces, ¿por qué me lo prometiste?

–Te prometí algo más.

–¿El qué?

–Que volvería a verte.

–Ya, eso es una chorrada. Nos hemos encontrado aquí por azar, pura casualidad. He venido a este lugar como me podría haber ido a Kinshasa. A propósito, ¿tú cómo has ido a parar a este irrisorio pueblo sepultado bajo la nieve? No tenía ni idea de que supieras dar masajes.

–Siempre supe. Lo aprendí hace tiempo. Porque conviene saber hacer algo para ganarte la vida dondequiera que estés, en Australia o en Austria. No todos los países son como el tuyo, en que la gente cobra sin trabajar.

–Pero ¿por qué aquí?

–Las cosas salieron así.

–¿Un hombre?

Ella hizo un gesto de rechazo en el aire, como si quisiera apartar de un empujón al hipotético hombre.

–La verdad, nunca me ha importado mucho dónde me encontraba.

–Eso mismo me dijiste entonces. «Mi casa es el planeta Tierra.» Eso me excitó

muchísimo –Erik se puso en pie y cogió su albornoz. Quería decirle algo más pero no supo qué–. Me enamoré de ti locamente, eso es todo.

–Sí, estabas muy hambriento.

–¿Te reíste de mí?

–Todo lo contrario. Me diste miedo y además todo sucedió demasiado rápido. Fue una especie de delirio.

–Eso tuvo que ver con la fiesta aquella. Yo, sin embargo, sentí el deseo de renunciar a toda mi vida anterior.

«Y si aquella noche me hubiera ahogado, no me habría importado.»

Pero eso último se lo guardó Erik para sí.

–Eso fue por las alas. No fuiste el único. Aquella noche, la última del festival, sucedieron cosas extrañas.

–No, no fue por las alas. Tuvo que ver con el hecho de que era el último día. Al día siguiente yo tenía que tomar el avión, tenía que regresar a mi país, a todo lo que no quería. Contigo me sentí comprendido... como si tú también...

Erik se la quedó mirando. La mirada de la mujer era fría, sus ojos no dejaban traslucir nada, al igual que entonces. Qué idiota había sido, se dijo Erik.

–Como si yo también... –repitió la mujer, como si estuviera reflexionando. Luego movió la cabeza–. No, no –continuó–. Me conozco bien. Lo nuestro no tenía sentido. Me comentaste que querías trabajar de corresponsal, y cuando yo te dije que no solía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, me contestaste que te irías conmigo, que escribiendo podías ganarte la vida en cualquier sitio. Yo había oído ese tipo de cosas tantas veces, no exactamente lo mismo, pero por el estilo. Nadie es capaz de soportar mi estilo de vida. Y además, sabía que volverías con tu novia, que me olvidarías en tres meses. Y así fue.

–Si estabas tan segura de ello, ¿por qué no me llamaste nunca?

–Porque no quería arriesgarme –y, bruscamente, como indicando que la conversación había concluido, añadió–: ¿Hasta cuándo estás aquí?

–Mañana es mi último día.

–Cierto, mañana te dan el alta.

–Parece ser que sí. ¿Podemos quedar en algún lugar?

Ella consultó una carpeta.

–No, imposible, pero te tengo apuntado para mañana. Así que hasta mañana.

–Hasta mañana.

–¿Te acuerdas de lo último que te dije? –añadió la mujer, deteniéndose junto a la puerta.

No, Erik no lo recordaba.

Como era su última noche, Renate les obsequió con un platito extra de *soufflé* de salmón. Erik masticó su panecillo hasta la última fibra, al tiempo que Herr Dr. Krüger le entretenía con historias macabras acerca del embarazo extrauterino y le hablaba de unos cachos de carne carentes de alma pero con pelo y uñas. Erik tenía la cabeza en otra parte. Le había llegado un mensaje de Ania que no quería contestar. La noche empezaba a caer sobre las blancas cimas detrás de las ventanas. Erik se paseó un poco por el sanatorio, acudió a la sauna con la esperanza de que el calor lo librara de unos pensamientos que no lo dejaban en paz, nadó en la piscina varios largos hasta agotarse, se tomó la amarga infusión tranquilizante *Schlaf und Nerventee* –siempre lista para el consumo en el bufete del comedor– y, a pesar de todo, una vez en la cama, no fue capaz de conciliar el sueño. De haber estado en casa, se habría tomado un coñac doble, algo del todo impensable en aquel lugar. Intentó quitarse el sabor amargo de la infusión lamiéndose los dientes, pero no lo consiguió. No era verdad lo que ella le había dicho. Él no la había olvidado ni en tres meses ni en tres años. No la había olvidado ni la olvidaría jamás. Cuando regresó a casa, hacía ahora tres años, ella fue su único tema de conversación durante un largo tiempo, hasta el extremo de acabar con la paciencia de todos, y especialmente de Ania.

–Oye, te deseo todo lo mejor, y por mí puedes follarte a todas las huestes celestiales, pero, por favor te lo pido, deja ya de hablar de una puñetera vez de esa tía. Si tan maravillosa era, haberte quedado con ella. A lo mejor te habrían salido alas a ti también. Dios, qué patéticos sois los hombres. Una tía se coloca unas alas y se mete en un armario, y se convierte en el no va más. Pero volar no sabía, eso sí que no. Y hacer el amor con toda esa parafernalia enganchada al cuerpo no me parece lo más cómodo que digamos. A propósito, ¿cómo llevaba sujetas las alas? ¿Con elásticos cruzados?

Los mismos personajes, el mismo lugar.

Antes de tenderse en la camilla, Erik preguntó lo que se había propuesto no preguntar en ningún caso.

–¿Volveremos a vernos alguna vez?

–¿Acaso no nos hemos vuelto a ver ya? ¿Sigues sin acordarte de lo que te dije cuando nos despedimos aquella noche?

No, Erik no lo recordaba. Aquella noche loca quedó grabada en su memoria como un pandemónium: el océano, la rompiente, gente con alas corriendo de un lado a otro, alcohol, sirenas, los eucaliptos y sus siniestras formas alargadas, como fantasmas, con sus troncos atacados por hongos dañinos.

–Boca abajo, por favor.

Erik obedeció. Antes de que su boca rozara la camilla, aún fue capaz de articular una frase:

–¿No te parece extraño que me estés dando un masaje ahora?

–*Oh, my God*. Soy masajista de profesión. Relájate y no sigas indagando. Si no, no te va a servir de nada.

Erik volvió a ver la escena en su imaginación, tan clara como entonces. Una habitación con un armario vacío. En el suelo, una pluma que él recogió. No hacía ni media hora que se conocían. La mujer, ese ángel con aspecto de muchacho, recelosa y con gesto socarrón, se incorporó delante de él. En una habitación contigua sonó un teléfono tres veces y luego se paró. Al cabo de un instante volvió a sonar, de nuevo tres veces.

–Ésta es la señal –advirtió ella–. El juego ha terminado. Los ángeles pueden irse a casa. Tú ni siquiera has completado el recorrido.

–Lo acabé ayer.

Erik recordaba que, de regreso al aparcamiento, había visto el último ángel en el tejado del edificio, un ángel triste, grande, que sostenía una espada como si estuviera deseando sumergir la ciudad entera en el mar. No era un hombre, era una mujer, le había dicho el poeta, quien había estado observando al ángel con sus prismáticos.

Después de que sonara el teléfono, ella abandonó la habitación indicándole con un gesto que esperara. Por la ventana sucia, Erik vio cómo a lo lejos el cielo se teñía de rojo. Le llamaron la atención unas extrañas nubes veteadas de negro y blanco. En Australia las nubes tenían contornos dorados y plateados. Después de tan sólo una semana, Erik se había encariñado con ese país de una forma

inexplicable. Había llegado a Australia sin esperar demasiado, un país parecido a Estados Unidos y poco más. Sin embargo, todo resultó muy diferente de lo que se había figurado. La gente irradiaba espacio y libertad, como aquellas nubes que se perseguían las unas a las otras por los altos cielos. Había sentido el deseo de correr tras ellas, de adentrarse en aquella tierra solitaria, en aquellas extensas llanuras ardientes de color de arena que había visto en el mapa. Había mascullado los extraños nombres de raíz aborígen como si fueran una fórmula mágica, una promesa. Pero en Perth apenas tuvo ocasión de ver aborígenes. Erik le contó esto último a la mujer, pero ella no le contestó.

Ella regresó con dos vasos de whisky, sin hielo ni agua. Bebía deprisa. Estuvieron bebiendo un rato los dos hasta que abajo, en la calle, sonó un fuerte bocinazo.

–*The angel party* –dijo ella, riendo–. Esta noche seremos expulsados del paraíso. Se ha organizado una gran fiesta para todos los ángeles en una de las playas del norte.

–¿Puedo ir contigo?

–Sí, claro. Toda esa gente que te cruzaste ayer por el camino estará ahí también, además de la directora, sus asistentes, los organizadores del recorrido, los extras y demás. Y todos los ángeles.

Y así fue. A su llegada, fue recibida con gritos de júbilo. Ángeles masculinos y femeninos, en camiseta y vaqueros, la besaron y abrazaron. Erik intentó pasar desapercibido, pero no fue necesario, nadie se fijaba en él. Alguien le pasó una cerveza; al parecer, la gente ya iba bastante bebida. Erik oyó la música de los Bee Gees a través del griterío. Algunos intentaban bailar incluso en el interior del autobús. El ruido era ensordecedor. Había otros autobuses estacionados al lado del mar. Erik vio ángeles caminando por la playa, perdidos, solos o del brazo de alguien. La noche caía sobre el horizonte todavía teñido de rojo. Cuando al cabo de un instante volvió a mirar, vio cómo la luna practicaba el surf sobre las altas olas, ocultándose y asomándose intermitentemente. En una carpa grande había un enorme bufete, pero Erik no tenía hambre. Él seguía a la mujer con la mirada, pero la perdía de vista una y otra vez. La vio bailar frenéticamente con el ángel del aparcamiento; luego con otro hombre, un ángel pelirrojo. De vez en cuando alguien le dirigía la palabra, pero la mayoría de las veces Erik no entendía nada. Al poeta tasmanio lo vio una sola vez. Estaba borracho, revolcándose en la arena con el ángel del pelo corto y de las alas níveas. Erik sentía los trallazos de la música, cada vez más fuerte, penetrándole hasta los huesos. Trataba de permanecer cerca de la mujer, pero ella parecía esquivarle una y otra vez. Andaba continuamente rodeada de otros ángeles, hombres jóvenes con cuerpos que no habían hecho otra cosa en la vida que practicar el footing y el surf, y que estaban como para colocarlos en el techo de la Capilla Sixtina.

–*Hey Dutchman* –gritó el danés, arrojándole una chica a los brazos. La chica se soltó enseguida de sus brazos, le lanzó una furiosa mirada ebria y escupió en el suelo. El danés empezó a tirar de él y entonces, de repente, apareció ella, su ángel, como si le hubiera estado vigilando todo ese rato. Salieron fuera. La playa estaba abarrotada de gente y de ángeles. Erik oyó carcajadas, el ruido de copas que se rompían, vio brasas de cigarrillos aquí y allá, la gente reía, bebía, se besaba, vio un ángel desnudo adentrándose en el mar con alas y todo, y a continuación no vio ni oyó nada más salvo la rompiente, ese perpetuo movimiento de ascenso y descenso que se quebraba con un susurro cada vez que las negras olas brillantes como aceite, bañadas por la luz de la luna, se estrellaban contra la playa. En aquel lugar, en el límite entre la tierra y el agua, ella se detuvo y lo rodeó con sus alas. Erik no podía verle el rostro, pero sentía cómo ella le besaba los ojos, cómo le pasaba la mano por la cara, cómo sus alas, suaves a la vez que duras, le apresaban, cómo doblaba lentamente las rodillas hasta dejarse caer sobre la arena. A lo lejos se oía todavía la música procedente de la carpa instalada en la playa. El deseo que Erik había acumulado en su interior durante todo aquel tiempo –desde el primer momento en que la vio tendida con los pies descalzos y las piernas dobladas, con su rostro invisible y sus alas– le traspasó el cuerpo entero. Empezó a desnudarla y vio que ella apartaba la cara, mirando hacia otro lado con los ojos muy abiertos, al tiempo que le arañaba suavemente el cuello con las uñas, y en ese preciso momento Erik vio la luz blanca y delatadora de un foco desplazándose a toda velocidad por la arena. Desde dos lados les llegó el sonido de las sirenas de los furgones de policía que avanzaban por la playa. Bajo la luz del foco, que semejaba un rayo, Erik vio a los ángeles corriendo en todas las direcciones, oyó gritos y el sonido estridente de los silbatos de la policía, y, en medio de todo aquello, la mujer le dijo algo que él no alcanzó a entender, y antes de que pudiera detenerla, ella adoptó una postura extraña –se agachó flexionando una sola pierna, como los corredores en la línea de salida– y acto seguido se echó a correr como lanzada por una catapulta, deslizándose por debajo de los focos, hasta que desapareció. Erik se puso a caminar para alejarse del tumulto, hasta que llegó a un lugar donde ya no oía ni veía nada, y ahí se quedó sentado hasta el amanecer. La playa estaba sembrada de cristales, prendas de vestir, jeringuillas, preservativos. Con la primera luz del día, Erik regresó a la ciudad en autoestop. En el hotel estuvo esperando alguna señal de ella hasta que llegó la hora de marcharse al aeropuerto. La señal no llegó.

Las manos de la mujer trazaban largos círculos descriptivos sobre la espalda de Erik. A continuación notó el gesto que ya conocía, la señal que indicaba que debía incorporarse. Pero él no quería incorporarse, no quería incorporarse nunca más. Se incorporó. La vida es un invento sin sentido, pensó. Ella le miró. La sonrisa pícaro, expectante.

–¿Por qué te largaste aquella noche a toda prisa?

–No tenía permiso de trabajo. No quería que me echaran del país.

–¿Acaso no era el planeta Tierra tu casa?

Ella se encogió de hombros. Luego colocó la mano derecha sobre su hombro izquierdo y preguntó:

–¿Recuerdas ya lo que te dije?

–No –contestó él–. Nunca lo supe, porque el ruido me impidió entender tus palabras. ¿Qué fue lo que me dijiste?

–Que los ángeles no pertenecen al mundo de los hombres.

Erik permaneció un instante en silencio. Luego sintió cómo la mano de ella le empujaba hacia la puerta, con suavidad pero con firmeza. Al salir, vio a Herr Dr. Krüger sentado en una silla esperando su turno. Mientras éste le saludaba afablemente, Erik aún oyó a sus espaldas la voz de ella:

–*Till next time then, right?*

Pero ya era demasiado tarde para contestar.

# Epílogo

*Epilogue, from Gr. epilogos, conclusion, epi-, and lego, to speak. A speech or short poem addressed to the spectators by one of the actors, after the conclusion of a drama.*

[«Epílogo», del griego *epilogos* (*epi-*, «conclusión», y *lego*, «hablar»). Discurso o poema breve que uno de los actores dirige al público al término de un drama.]

*The New Webster Encyclopedic Dictionary  
of the English Language, MCMLII*

Una estación, otra vez. Lichtenberg, Berlín. Me gusta que rimen los episodios de una historia, aunque yo no escriba poemas con rima. Desde aquí salen trenes hacia Polonia y Rusia. Tengo una cita en este lugar, aunque yo no lo sepa todavía. Warszawa Centralna 20.55. Minsk 8.49. Smolensk 14.44. Moskva Belorusskaja 20.18. Viajes diferentes, trenes diferentes. He emprendido este viaje para reparar una pérdida. Quien ha escrito alguna vez un libro sabe a lo que me refiero. Es una forma de despedida, con lo que también es una forma de duelo. Has convivido con unos personajes durante un año o dos, les has puesto unos nombres, acertados o no, los has hecho sufrir o reír, y luego los has enviado a recorrer el ancho mundo. Esperas que les vaya bien, que tengan el aliento suficiente para prolongar su existencia durante largo tiempo. Ahora los has abandonado, aunque sientas que son ellos los que te han abandonado a ti. Los has dejado solos en una desoladora estación de tren, en lo que en otros tiempos fue Berlín Este. Más triste imposible.

—No vamos a compadecernos —diría Almut, y eso es precisamente a lo que me refiero. Los personajes continúan hablándote. Durante dos años han hablado entre sí y tú los has escuchado. Vete a saber dónde empiezan las cosas. Suponiendo que la primera palabra haya salido de mí, ¿la segunda también? Anoche escribí algo que esta mañana no he logrado descifrar. Mi letra suele ser el indicador de cuánto he bebido la noche anterior.

Al parecer, bastante. Me cuesta dejarlos marchar. Anoche escribí: «De algunas personas sabes que son voces escritas». ¿O pone «voces espantadas»? No sé lo que puse, pero «voces escritas» es mejor. Dejémoslo así, pues. Anuncian algo por megafonía, pero todavía no es para mí. No sé por qué he elegido Moscú, será porque no he estado nunca. Cuando no conozco un sitio me pierdo con más facilidad y eso me gusta. A mi lado se ha sentado un joven con los oídos flagelados por los trallazos de la música. Mueve la cabeza mecánicamente al ritmo de un perpetuo estallido metálico. Está claro que nunca ha escrito un libro.

Siempre que termino una historia, me invade una extraña clarividencia, y lo digo en sentido literal. No quiero decir con eso que sea capaz de adivinar el futuro, no, lo que quiero decir es que percibo con extrema claridad una serie de cosas en las que habitualmente no reparo. El granito artificial de los cubos de basura, las largas catacumbas alicatadas de azulejos amarillos en el subterráneo de la estación –que conectan el metro con la estación grande–, los corredores que no tienen fin, la expresión de cocainómano del tipo de los trallazos en el oído... nada se me escapa. Y, sin embargo, nada de todo ello me sirve, es demasiado tarde. Los otros han partido ya, a Brasil o a Australia; yo ya no mando sobre sus vidas. Al fondo del corredor, dos vigilantes con camisetas verde limón y gorras blancas, un olor a tiempos pasados, un leve estremecimiento. Se anuncia el tren por los altavoces, pero hay poca gente todavía. El tren ya está aquí, letras cirílicas, todo encaja. Cortinillas, lamparitas. Los trenes de Dostoievski y Nabokov con destino a Baden-Baden y Biarritz. No tengo que esperar mucho. Ella lleva la misma ropa que en el avión y en sus manos sujeta el mismo libro, el libro que yo creía haber escrito y que sigue cerca de mí. Esto último es verdad, lo anterior no. Esta vez distingo el título enseguida, como si ella hubiera venido especialmente por mí, y puede que así sea. Son las mismas dos palabras, sólo que con el orden invertido, aunque en ambos casos el paraíso está perdido. Nos toca el mismo compartimento, claro. Quien lo ha planeado así sabe lo que se hace. Al menos podremos hablar. El silbato del jefe de estación suena más dramático que en otras estaciones. Los dos miramos por la ventana, tal vez por timidez.

No sé si ella me ha reconocido a mí. Durante el vuelo de Friedrichshafen a Berlín no me miró ni una sola vez, y a nuestra llegada a Tempelhof, que yo sepa, tampoco, aunque eso nunca se sabe. En cualquier caso, el hombre que fue a recogerla entonces ahora no está.

En el andén, un par de rusos gordos trajinan con su equipaje. Van tan cargados de maletas que apenas pueden con ellas. Cuando el tren abandona la estación veo que está lloviendo, velos grises cubriendo una ciudad gris. En mi recuerdo veo los lugares donde se alzaba el Muro, ahora invisible, otro libro de esos cuyo autor creía haberlo terminado, pero tan sencilla no es la cosa.

–¿Qué le ha parecido el libro? –pregunto. Nunca se me ha dado muy bien entablar conversaciones con extraños, pero en mi actual estado de ánimo me atrevo con todo. Esas piernas, demasiado lejanas entonces, están ahora cerca de mí, a una distancia excitante; los ajustados pantalones caqui marcan sus formas, se aprecia su fuerza. No sé si ella ha reparado en mi mirada, pero separa un poco las piernas. Me quita el aliento. Ya lo he dicho, siempre que termino un libro, en las semanas posteriores me vuelvo hipersensible. Siento una mezcla de excitación y de nostalgia, emociones estas que aún no he aprendido a dominar. Quizás las mujeres estén acostumbradas a ello. Comoquiera que sea, ella me ignora y mira por la

ventana. Va fijando la vista en los matojos amarillos que flanquean las vías, en los grandes guijarros marrones colocados entre los extremos de las traviesas, en la ciudad que desaparece lentamente entre los velos de lluvia, en el borroso contorno de un barco en el horizonte.

La mujer coloca el libro abierto sobre el asiento que está a su lado. Veo la ortografía antigua de la reedición facsímil, del año 1830 o algo así.

–No sé –contesta ella–. Creo que me ha inspirado una cierta melancolía. A mi entender, todo parte de un malentendido, y de ser así, el castigo me parece demasiado riguroso. ¿No le parece una palabra maravillosa, «malentendido»? Todo nace de un malentendido cuyas consecuencias se prolongan hasta el infinito. Cabría introducir un componente de malevolencia, pero ni tan siquiera es necesario. En un caso, la mujer escucha la serpiente, con todo lo que ello implica; en otro caso, un velero arriba a una costa extraña donde unos hombres pintados se ocultan tras los matorrales o una mujer se adentra por la noche en el barrio equivocado y nunca más será la misma. En realidad, sabe usted, lo que más me gusta es el título. En este sentido yo diría que la historia no tiene fin. ¿Qué cree usted que piensan los escritores de los malentendidos? ¿Acaso los emplean a propósito para tener algo que escribir la siguiente vez? De hecho, no conozco ningún libro que no se fundamente en un malentendido. Hamlet, Madame Bovary, Marcel que no sabía que Gilberte le amaba, Otelo que cree a Yago... si te paras a pensar...

En ese instante se presentó el revisor. Observó los billetes minuciosamente, toda una tarea porque se trataba de diversos papelitos grapados.

–¿Si te paras a pensar...? –repetí después de que el hombre se hubo marchado.

Ella se echó a reír y dijo:

–¿De verdad quiere que se lo diga?

–Sí –insistí.

–¿Por qué? ¿Acaso cree usted que es importante lo que yo tenga que decirle?

Entonces descubrí que sus ojos eran verdes y que me veía por primera vez.

Esperé un instante. Todo dependía ahora del tono adecuado. Miré una vez más las cumbres nevadas de los Alpes en Vorarlberg, las pinturas rupestres en Ubirr y el *Sickness Dreaming Place*, el hombre viejo del anillo heráldico, que en ese mismo instante era enterrado en Darwin, la abandonada habitación de niña con vistas a los suntuosos jardines de Jardins donde el *bem-tevi* entonaba su canción. Y luego, por último, miré a la única persona que quedaba, y dije:

–Porque la última frase es la más importante.

–¿Y tengo que pronunciarla yo?

Esperé, en silencio.

–Bueno, en realidad es muy sencillo –continuó ella–. Se le podría haber ocurrido a usted mismo. ¿Ha pensado usted alguna vez en aquel que ha inventado el paraíso? ¿Un lugar sin malentendidos? Seguro que el hastío infinito que debe de

reinar ahí ha sido concebido como castigo. Sólo a un escritor muy malo puede ocurrírsele semejante cosa. ¿Es eso suficientemente bueno para una última frase?

–Sólo falta un nombre de lugar y una fecha –dije.

–Y una cita –añadió ella–. ¿No es eso lo que hace usted siempre? Tenga, le he buscado algo.

Ella abrió el libro, sacó un papelillo que había entre las últimas páginas y me lo entregó. Los versos elegidos los había subrayado con lápiz.

Ámsterdam, febrero de 2003-  
Es Consell, San Luis, 26 de agosto de 2004

... Ellos volvieron  
Su mirada hacia el Este del Paraíso,  
Y contemplaron la que había sido  
Hasta entonces su morada feliz,  
Bajo la onda de la llameante espada,  
Y la puerta cubierta de terribles  
Semblantes y de centelleantes armas.  
Derramaron, como era natural,  
Unas lágrimas, que pronto se secaron;  
El mundo se extendía frente a ellos  
Para escoger su mansión de reposo,  
Mientras la Providencia era su guía.  
Cogidos de la mano y con paso  
Incierto y tardo, a través del Edén,  
Emprenden su solitario camino.

John Milton, *El paraíso perdido*, libro XII

<sup>1</sup> Willem Frederik Hermans (1921-1995). Poeta y novelista neerlandés. Sus obras reflejan una generación sacrificada por la guerra. (*N. de la T.*)

2 «Tierra de estiércol y niebla», de Boutade, poema de De Génestet (poeta neerlandés del siglo XIX). (*N. de la T.*)



Título original: *Paradijs verloren*

Edición en formato digital: febrero de 2014

Detalle de *La Anunciación de Cestello* de Sandro Botticelli

© Cees Nooteboom, 2006

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-30-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Perdido el paraíso	5
Prólogo	8
Primera parte	12
1	15
2	18
3	22
4	25
5	27
6	28
7	30
8	32
9	34
10	38
11	40
12	46
13	49
14	53
15	56
Segunda parte	58
1	60
2	62
3	65
4	68
5	70
6	75
7	76
8	77
9	79
10	83
11	88
12	91

13	93
14	94
15	97
Epílogo	98
Notas	103
Créditos	106